

córazon habia una cuerda sensible, y cuando se empieza á sentir el mal causado, está muy cerca el arrepentimiento.

—Sí, señorita, por D. Javier; por el buenísimo de D. Javier, á quien llora todo el mundo; continuamente se dicen misas por su alma en la capilla y en la parroquia; el pueblo entero las oye con la mayor devoción, y ni la señorita Clavellina, ni su madre, ni el señorito Virgilio cuando está aquí dejan de oirlas.

—¡Y yo todavía no he oído ninguna! ¡Por eso sin duda es implacable su sombra y me persigue á todas horas!—murmuró Inés estremeciéndose.

—¡Qué aprensiones!... Quisiera yo verlo; tambien Lucía asegura que le ha visto, y dice que sin duda él salvó á la señorita Clavellina de la muerte, porque Vd. fué á envenenarla; todo eso lo dice Lucía; yo no, yo no digo... nada, señora; no me mire usted con esos ojos de fiera... Puede Vd. creer que, por esas calumnias, la aborrecen á usted tanto; no tiene Vd. más defensora que la señorita Clavellina.

—¡Oh! ¡Qué horrible tormento! ¡Pero déjeme Vd., mujer... déjeme en paz!...

—Si, ya me voy...

Apenas llegaba á la puerta, volvió á decir Inés con exaltacion:

—¿Y se casan mañana?

La mujer volvió.

—Sí señora; á las seis será la boda en la capilla; los coches estarán preparados, y enseguida se marchan todos á Madrid. ¡Ah! ¡Si viera Vd.!... Dicen los cocheros que vieron anoche, que les ha comprado monsieur Marchand á los recién casados un palacio precioso en la Castellana, rodeado de jardines, de fuentes, de pájaros, de estatuas, ¿qué sé yo cuántos primores? Cuentan, que aquello es un paraíso; porque la señorita es muy rica, su padre es millonario, y su fortuna que asciende en un doble á la del señorito Virgilio. El traje de boda es de terciopelo negro, y su velo de crespón, que la cubre toda, de riguroso luto, sin una joya, ni una flor. Todos irán de negro por D. Javier; esto lo ha contado Lucía en la mesa, mientras almorzábamos.

—Bien, bien, déjeme Vd. descansar, y mañana á las seis no faltaré á la tribuna; quiero asistir á su boda,—murmuró Inés con los dientes tan apretados que rechinaban, brotando chispas de sus ojos azules, que parecían variar de color oscureciéndose

y ensanchándose animados por pensamientos de fuego.

La enfermera tuvo miedo, y echando á correr para no darla tiempo á que la llamase otra vez, salió de la estancia cerrando la puerta tras sí, salió á la galeria y se encontró con Patricio.

—¿Cómo está esa serpiente?—la preguntó.—¿Se la pasó pronto el soponcio?

—Cuando volvi ya estaba sentada en la cama, mirándome con unos ojos de gato montés que me espantan. A veces se me figura que se vá á arrojar sobre mí;—exclamó la asistenta.

—No tenga Vd. cuidado; está muy débil y no tiene fuerzas para moverse de la cama; si las tuviera ya nos podíamos preparar. El dia que se ponga buena será preciso atarla.

—Pues ella se encuentra animosa; dice que mañana quiere asistir á la boda desde la tribuna, —contestó la enfermera.

—Que lo intente; se caerá antes de llegar á la puerta, y es preciso impedir que vaya á turbar la ceremonia con algun escándalo; no sé por qué la ha dicho Vd. nada; ¿qué al importan á ella esas cosas? ¡bachillera!

—No me regañe Vd., Sr. Patricio; yo creía

que no era malo distraerla, y por eso la cuento lo que ocurre en la casa.

—Lo mejor es callar; Vd. no tiene más obligacion que cuidarla y vigilar sus pasos, que no se mueva de su habitacion sin avisarme; eso es lo que Vd. debe hacer y nada más.

—Bien, bien, Sr. Patricio; esté Vd. tranquilo que no me moveré de aquí y seré muda en adelante.

—¡Muda!.. como si eso fuera posible en vosotras que teneis cuchillos por lenguas, y cortais á las mil maravillas;—refunfuñó el anciano criado, dejando á la mujer en la galeria y bajándose á buscar al señorito Virgilio para darle cuenta del estado de Doña Inés, confiada únicamente á su cuidado y al de la enfermera.

CAPÍTULO XII.

La verdad en el espejo.

Inés no dormía; el benéfico sueño, ese dulcísimo amigo que calma todos nuestros dolores y permite á la frágil materia el reposo y la tranquilidad, no acudía á sus párpados; por eso sus ojos estaban siempre animados de un brillo extraño, febril, el del insomnio, el de la demencia que ya se iniciaba en aquella pobre mujer, presa de las mayores angustias.

Durante el día probó á levantarse de la cama, pero la faltaban las fuerzas; hizo que la llevasen alimento y lo tomó con ansia; á toda costa deseaba estar fuerte y animosa para presenciar el casamiento de aquel hombre á quien á fuerza de querer tanto empezaba aborrecer porque los extremos se tocan y en esas naturalezas exaltadas se pasa muy fácilmente del amor al odio.

Cuando el médico llegó la encontró muy

cambiada, la fuerza de voluntad es poderosa y hace milagros.

—¿Puedo levantarme un rato D. Juan? —le preguntó con viveza.

—No hay inconveniente;—la contestó el anciano;—está V. bastante bien.

—¿Y estos vendajes, cuándo me los quito?

—Ahora mismo si V. quiere; las heridas están cicatrizadas; procurando no esponerse á la accion del aire, no hay cuidado. ¿Y qué tal de alimento? ¿hay apetito?

—Hoy he comido mejor; animada sin duda por el deseo de recobrar mis fuerzas para salir pronto de esta casa.

—¿Salir de esta casa? ¿y dónde irá V.?

—A cualquier parte; donde no me desprecien y me ultrajen tanto; soy la pobre victima de horribles calumnias que todos creen, y hasta los criados me insultan.

—Pues Virgilio ha encargado á todos y á mi mismo que tratemos con la mayor consideracion á la viuda de su hermano; y con esto sólo obedecia al último ruego del infeliz D. Javier, que dejó á V. muy recomendada, y hasta despues de muerto su proteccion la escuda.

D. Juan acentuó estas palabras, haciendo

comprender á Doña Inés, que para él que penetraba los pensamientos más ocultos era inútil el disimulo.

Inés calló: y al cabo de algunos instantes por variar la conversacion dijo:

—Pues, bien, señor D. Juan; si V. quiere probaré á quitarme estos vendages que me molestan mucho.

El anciano médico desató la venda y cayendo el apósito quedó al descubierto el rostro de la jóven, antes fresco y bello, ahora horriblemente mutilado, desprovisto de la nariz que formaba su más precioso adorno, y surcado por una cicatriz que atravesaba la mejilla izquierda. Tenia cortado á rape el cabello, con lo cual aparecia de tal manera espantosa su fealdad, que repugnaba. Don Juan hizo un esfuerzo grande para disimular la impresion que le producía, y despues de recomendarla todo género de precauciones salió del aposento.

Inés llamó á la enfermera, y la pidió un espejo.

—¡Jesus! ¡Maria! y ¡José!—exclamó santiguándose la tosca lugareña, que no sabia disimular sus impresiones.

—¡Vamos! ¡un espejo he dicho! ¡gritó con impaciencia Inés; —¿qué hace V. ahí parada

con la boca abierta mirándome de hito en hito?

—¡Ay! señorita, no se lo quisiera decir, pero se parece V. al mismo Lucifer, cuando nos le pintan tan horrible á la puerta del infierno.

Inés echó mano á un vaso que habia sobre la mesa de noche y en un acceso de violenta ira lo arrojó á la cabeza de la enfermera.

—Toma, vieja de Satanás, por tu insolencia; mereces eso y mucho más;—exclamó fuera de sí.

La pobre mujer lanzó un grito espantoso al verse herida de aquella manera y echó á correr, pidiendo auxilio á grandes gritos.

Inés estuvo esperando un rato creyendo que acudiria gente; pero nadie se presentó en su aposento, únicamente sintió cerrar la puerta de la galeria, comprendiendo que la dejaban encerrada como á una mujer sin juicio.

Entonces saltó de la cama, no sin trabajo á causa de su gran debilidad, se arrastró hasta su guardarropa y envolviéndose en una bata de abrigo, calzó sus piés con unas chinelas y salió desde el dormitorio á su cuarto de tocador.

El más terrible de los dolores la esperaba.

Ella que desde su primera juventud cifró todo su orgullo en la belleza de su rostro, que se hizo coqueta y frivola y ligera á causa de aquella misma hermosura con la cual creia siempre tener asegurada una posicion, iba á sufrir el horrible tormento de verse convertida en un sér repugnante y asqueroso.

¡Qué triste desengaño!

El cuarto de tocador era una sala grande con dos balcones, al medio dia, que cuando Inés entró estaban abiertos, penetrando el sol en toda la estancia. Un espejo de cuerpo entero habia en el centro, inmediato el tocador con otro espejo, y en los testeros dos armarios de luna; dispuestos de tal manera que poniéndose Inés en medio se veia en los cuatro espejos á la vez.

Se creyó sin duda en los buenos tiempos de su vida, en la aurora de su reinado en aquella casa donde se la recibió como soberana, y erguida y resuelta avanzó hasta colocarse delante del tocador, como si hubiera ido á vestirse para asistir á una fiesta.

El orgullo, ese compañero inseparable de la ignorancia y del vicio, es el último defecto

que abandona á la criatura, y la deja cuando ya está perdida, cuando no tiene á quién volver cabeza, cuando la desesperacion más negra ha invadido su corazon.

Orgullosa y altiva, pensando aun en su anterior hermosura, se presentó Inés á consultar á su inseparable amigo el espejo.

Un paso más y la venda cae de sus ojos.

Al ver reflejada su figura en la espléndida luna de Venecia, Inés vaciló; se llevó las manos á la frente y se acercó más. Creiase víctima de una ilusion óptica.

—¡Pero soy yo!—exclamaba.—¡Imposible! ¡imposible!

Como dudando de la desconsoladora verdad, corrió como loca de uno en otro espejo, y luego se miró en los cuatro á un tiempo, asombrándose de que en tan poco tiempo se hubiera apoderado de su rostro aquella horrible fealdad que la hacia antipática en alto grado.

Pálida, flaca, con la cabeza rapada por completo, ocupando el sitio de la nariz una cicatriz y dos aberturas repugnantes, partido el lábio superior que por su tension dejaba al descubierto los dientes, y con la piel que antes era fina y tersa, del color rojo amaratado, consecuencia de las cicatrices. Tal

era su figura que parecía un espectro más bien que una mujer.

Cuando Inés se convenció de la espantosa verdad rugió como un tigre, tuvo un acceso de frenética ira, durante el cual los espejos fueron las primeras víctimas, cayendo en pedazos por el pavimento; luego sintiéndose y tapándose la cara corrió á esconderse en su guardarropa evitando que la viese nadie con aquel rostro mutilado.

Era Patricio el que llegaba.

—¿Qué locura le habrá dado á la pantera? ¡Vaya una lástima de espejos!—exclamó el anciano contemplando con pena los estragos que habia causado el furor de Inés.—La enfermera baja con la cabeza rota y aquí no encuentro títere con cabeza; será preciso atarla; está visto. No queria acudir á ese remedio extremo; pero no podremos pasar por otro punto. Cerraremos por de pronto, y que se quede aquí hasta mañana que ya los señoritos se habrán marchado á Madrid; entonces yo haré entrar en órden á esta arpía.

Patricio fué cerrando uno por uno todos los aposentos, la vió acurrucada en un rincón del guardarropa, y solo aquella pieza y la inmediata que era el dormitorio dejó abiertos.

—Aquí se queda V. sola,—la dijo Patricio; —con la hazaña de hoy ya nadie quiere asistir á V. y la prevengo que si vuelve á romper algo la llevo atada al sótano y allí va V. á pasar sus dias; con que hasta mañana; ahí le queda alimento y agua para veinticuatro horas.

Cuando Patricio salió del aposento, aun Inés permanecía en su mismo sitio sentada en el suelo, con la cabeza entre las manos, pronunciando palabras incoherentes y faltas de sentido.

—¡Qué horrible espejo! ¡qué horrible! ¿me habrá dicho la verdad? ¡ay! ahora ya no podré presentar mi cara donde la vean las gentes, porque me dirán lo que me ha dicho esa vieja, que me parezco á Satanás.

Estas eran las reflexiones que más acudían á su mente; parecía un sueño que en tampoco tiempo se hubiera transformado.

Y no hay nada más frágil que la hermosura; ¡se pierde con tanta facilidad!

Inés pasó su vida y empleó todas sus facultades en cultivar sus perfecciones físicas, dejando abandonadas las morales; y la belleza del alma es la única imperecedera.

Hé aquí en lo que consiste muchas veces la desgracia ó la felicidad de la vida. Cuan-

dò seamos completamente buenos seremos completamente dichosos; por eso la humanidad camina en la senda del trabajo hasta llegar á la perfeccion moral de la criatura.

Ejemplo elocuente de esta verdad es Inés: criada sin madre que la inspirase con su ejemplo y con sus palabras la aficion al bien y á la virtud, enseñándola á practicar las obras de misericordia, las de la caridad y las del amor, se encontró en el sendero de las malas pasiones, que naturalmente debian conducirla al precipicio.

No aprendió á trabajar haciendo del trabajo una virtud; si estudió fué por adorno, por aumentar sus perfecciones físicas, dejando el alma desnuda, que es la que en primer término debe vestirse con el ropage de los sentimientos nobles, con el de las virtudes cristianas. Acostumbrada á mirar su belleza como el mayor tesoro, pues ella le ayudaba á conquistarse posicion y fortuna, se aterró al hallarse fea; su mundo de ilusion cayó por tierra y sintió verdaderamente que la faltaba todo; siéndola desde aquel momento odiosa la vida.

Ante la desconsoladora verdad que la presentó su espejo, sus primeros impulsos fueron de ira; su cólera se desahogó largamente;

pero cuando en la soledad, olvidada de todo el mundo, pudo entregarse á sus reflexiones, volvió la vista al pasado, analizó una á una sus acciones, y vió con claridad que si el espejo la mostraba la fealdad de su rostro, su conciencia, que es tambien un clarísimo espejo, la mostraba la fealdad de su alma.

—Yo me tengo la culpa de todas mis desgracias, yo. ¡Ah! ¡cuán insensata he sido! Siempre corriendo tras de una quimera engañosa, que al creer tocarla se desvanece entre mis manos y me deja mutilada y herida como castigo á mis malos instintos. ¡Pobre de mí! ¡qué destino me aguarda!

Cuando estas reflexiones asaltaban su mente, se entregaba á un dolor amarguísimo y sombrío; no lloraba porque en aquella naturaleza de hielo no era la sensibilidad la cuerda mejor templada; pero se marcaba el sufrimiento íntimo de su corazón en aquel rostro deforme.

En medio de las tristes ideas que la produjo la convicción de la pérdida de su belleza, se habia olvidado de Virgilio, mas no tardó en recordarle á él y á la gitana, como llamaba siempre á Mercedes, envolviéndolos á los dos en su ódio, y envidiando la dicha

que iban á disfrutar sobre la tierra, mientras á ella sólo miseria y desesperacion la esperaba.

—¡Las seis de la mañana! ¡á las seis se casan! ¡Ah! no me dormiré;—murmuraba, y en su ansiedad febríl, miró más de cien veces la hora en el magnífico reloj de sobremesa que habia sobre el mármol de la chimenea.

¡Pasó el dia! llegó la noche con sus tristes sombras; en la casa se sentia mucho ruido, gran movimiento de criados y de carruages; pero en aquella estancia un silencio de muerte: nadie se presentó á informarse de la salud de la pobre reclusa.

Un acontecimiento más grande llamaba la atencion de todos, se iba á celebrar la boda de los enamorados, y ¿quién podria pensar en otra cosa? Las atenciones, los agasajos, los homenajes de la familia, de los amigos, de los criados, todo era para ellos; para la dichosa pareja que al fin alcanzaba la cumbre de la felicidad.

Inés no pudo dormir; ¡cómo era posible! La sobreescitacion nerviosa la sostenia y la daba fuerzas sobrehumanas. El alimento que Patricio la dejó estaba allí intacto, sólo la vasija del agua estaba agotada. La fiebre

más intensa se iba apoderando de la pobre mujer.

Sentada enfrente de la chimenea pasó la noche, sintiéndose agitada de vez en cuando con un movimiento nervioso, sus ojos seguían con tenacidad el movimiento de las agujas del reloj que se movían con una lentitud desesperante.

La luz del día penetraba ya por todos los balcones cuando el tañido de la sonora campana de la torre se dejó oír.

Inés dió un salto en su asiento.

—¡Las seis! ¡las seis ya!—gritó convulsa, agitada, presa de la más angustiosa ansiedad.

CAPÍTULO XIII.

Himeneo por amor.

Si Inés culpable, atormentada por los remordimientos y por sus malos instintos, no habia dormido, tampoco durmió la interesante Mercedes, angelical y pura como un ángel.

Es natural que la víspera de esos acontecimientos que deciden del porvenir de las criaturas, que forman épocas en las familias, huya el sueño de los parpados y se sientan inquietudes y zozobras, como en todo estado anormal, hasta que la confianza y la calma benéfica renace de nuevo en el alma, acostumbrándose al nuevo estado, cuya transición es siempre brusca y penosa.

Con más motivo la jóven Mercedes debió sentir aquel acontecimiento, en el cual esperaba hallar un cielo sin nubes; pero que la era dolorosísimo perder á sus padres cuando acababa de encontrarlos. Este era el motivo mayor de su pena.

Desde muy temprano Mme. Marchand se ocupaba en preparar el traje nupcial de su adorada hija. Cuando todo estuvo corriente entró en su dormitorio, se acercó despacio á la cama, y Mercedes que no dormía y la sintió aproximarse, la echó los brazos al cuello estampando un sonoro beso en la frente pálida de su madre.

—¡Mamá mia! —esclamó con íntima ternura.

—¿No duermes, mi bien?—le preguntó.

—Apenas he podido conciliar el sueño esta noche, querida mamá; y lo que más me atormenta es la idea de que puedas un día abandonarme para marcharte á Francia con papá.

—Por ahora no abrigues ese temor; he prometido estar con vosotros; anoche mismo me exigió Virgilio la promesa de no dejarte hasta que no complete tu educación, que apenas hemos empezado, y se lo ofrecí solemnemente.

—De ese modo estaré tranquila y será completa mi dicha; y mucho más si mi hermano nos acompaña.

—Eso no es fácil; sabes que tiene en Francia sus negocios, y además la casa va á quedar á su nombre y á su cargo, porque tu padre

ha manifestado su resolución de retirarse del comercio.

—¡Ah! bien; entonces iremos á verle; Virgilio es muy aficionado á vivir en el extranjero.

Una doncella anunció á Mme. Marchand que acababan de dar las cinco.

—¡Las cinco ya! ¡Dios mio! ¡qué rápidamente corren las horas! —exclamó Mercedes, abandonando el lecho para pasar al tocador donde su madre y las doncellas la vistieron el traje de boda, que era de terciopelo negro: Todos iban de riguroso luto, habiendo convenido en que la ceremonia se celebrase á puerta cerrada, sin invitar á nadie, únicamente las personas dependientes de la casa y la familia asistirían.

Sin embargo, ya desde el día anterior la noticia corrió de boca en boca por Villacierzo, y como en el pueblo adoraban á su Clavekina como ellos la llamaban, no quisieron que se marchase, sin darla su cariñoso adios de despedida.

Las puertas del castillo estaban cerradas á las seis de la mañana, hora fijada para el solemne acto; pero la plazuela que daba ingreso y toda la calle de olmos estaba llena de gentes, que formaban grandes grupos, unos

á pie, otros en carruaje, otros á caballo. Los pobres eran los más numerosos y todos sin distincion de personas llevaban un delicado presente que ofrecer á la novia como recuerdo de su cariño, que habia sido sincero y puro desde que la adoptaron como hija, y no podia menos de ser inestinguible.

¶ Iban á perderla y su dolor era inmenso; se habia dicho por el pueblo con referencia á los criados de la casa que se marchaba á Madrid toda la familia inmediatamente despues del casamiento, y esto les hizo abandonar su casa bien de madrugada corriendo á despedir á su ídolo.

Las rejas de las habitaciones que ocupaban Mme. Marchand y su hija daban á la plazuela que formaba el ingreso, por lo cual, Mercedes antes que nadie percibió el murmullo del pueblo, y apenas estuvo vestida, con el velo nupcial y su corona de azahar colocada ya en su linda cabeza, se acercó á una ventana y la abrió:

—¡Qué ruido suena en la plazuela!—exclamó asomándose.

Como si hubieran estado esperando la célica aparicion de alguna imágen querida, así la multitud avanzó compacta y prorum-

pió en un grito entusiasta, frenético, en un grito de vehemente amor.

—¡Clavellina! ¡Clavellina! ¡hija querida! ¡venimos á despedirte! ¡Aquí nos tienes á todos tus amigos que amparamos tu infancia y nos abandonas, te vas sin despedir, sin decir adios á tus amigos: á tus hermanos!

Estas tiernas quejas, pronunciadas á un tiempo por cien voces, llegaron á oídos de Mercedes, que llorando de gratitud, y sumamente conmovida por la prueba de afecto que recibía, exclamó con su dulce y simpática voz:

—Nó, amigos míos; no me creais ingrata; ni yo me hubiera marchado sin despedirme de vosotros. Antes de salir para Madrid con mi familia, pensaba haber dado la vuelta entera al pueblo para deciros adios á todos, para estrechar vuestras manos una por una y poder presentaros á mi madre, que deseaba espresaros su vivo reconocimiento por el amparo generoso que os he debido en mi orfandad.

—Cierto, si, ese era nuestro ánimo, —exclamó Mme Marchand, que por detrás de su hija, se había subido en una silla para contemplar mejor á la gente que se estendía hasta la calle de olmos.

En esto Virgilio se enteró de lo que ocurría y mandó abrir las puertas de par en par.

—Señores;—exclamó con varonil acento desde el dintel:—entrad los que podais: no hemos convidado á nadie á nuestra boda, absolutamente á nadie, porque no pensamos celebrarla con las fiestas que se acostumbran en estos casos, y es más bien motivo de tristeza para nosotros, porque no la presencia mi querido hermano: pero ya que espontáneamente y por amor á la que va á ser mi esposa habeis venido, pasad, sed bien venidos á ser testigos de nuestro himeneo.

—Queremos poner en sus manos un pequeño recuerdo de nuestro cariño en este día tan feliz para ella;—dijeron algunos entrando los primeros y siguiendo los demás.

Mercedes y su madre estaban ya en el pórtico, saludando á todos los aldeanos y recibiendo sus obsequios con las más vivas muestras de gratitud. Cada uno llevaba su delicada ofrenda, hasta los niños, y fueron ofreciéndoselas á la novia, que se sentía vivamente impresionada.

Unos llevaban pollos, otros palomas, otros canastillos de huevos, de bollos, algunos corderillos blancos como la nieve adornados con cintas primorosas, canarios, ruiseño-

res, tórtolas, ó bien bordados y puntillas hechas á mano, ligas, bolsillos y toda clase de objetos de poco valor, pero que lo representaban muy grande para Mercedes, porque eran ofrendas del cariño santo y puro que la profesaban sus bienhechores.

Cuando todos hubieron depositado su regalo en manos de la jóven, pasó la comitiva á la capilla, donde ya el sacerdote los esperaba para unir á la hermosa pareja en eterno lazo.

La alegría de Virgilio no tenia límites, resplandeciendo en su expresivo rostro. Mercedes estaba triste, muy triste, y no osaba levantar los ojos del suelo.

La capilla se vió invadida por la multitud que con el más reverente fervor presenció la ceremonia, que se verificó en medio del más profundo silencio. Cuando hubo terminado y al esclamar Mme. Marchand, «ya sois esposos, hijos míos; yo os bendigo,» turbó la majestuosa solemnidad del acto un grito agudo, gutural, que resonó en la tribuna.

Todos los ojos se volvieron hácia aquel lado.

Desde que murió D. Javier nadie entraba en la tribuna, y se creía desierta aquella estancia.

La misma voz volvió á gritar con enronquecido acento:

—¡Maldita! ¡maldita seas! ¡gitana aborrecida!

—¡Qué horror, madre mia!—murmuró Mercedes cayendo en los brazos de su madre.

—¡No hay que asustarse! ¡es la loca, la loca que se ha escapado de la jaula!—exclamó Patricio echando á correr hácia la tribuna por la escalera de caracol, para evitar que Inés bajase á promover un escándalo mayor.

Hé aquí lo que habia pasado.

Cuando Inés oyó dar las seis se estremió de piés á cabeza. Estaba postrada, abatida y se irguió altanera, entrando sin vacilar en su guardarropa.

—¿Por qué no he de asistir yo á la boda?—exclamó;—no me convidan, hacen caso omiso de esta desventurada mujer, pues yo iré, yo les daré mi maldicion. Quiero turbar su regocijo presentándome de repente en medio de ellos.

Animada por esta idea, se quitó la bata en que estaba envuelta y se puso un rico traje de terciopelo negro. Luego cubrió la cabeza y el rostro con un espeso velo de encaje,

tan espeso que era imposible distinguir sus facciones.

—Así, perfectamente,—murmuró;—ya mi rostro no puede mostrarse á la luz del dia; como avergonzado de si mismo debe permanecer escondido entre los pliegues de este espeso velo. Sobreescitada, febril, sin acordarse para nada de la muerte de su marido, y siguiendo su pensamiento fijo, el de turbar la boda de aquella mujer que aborrecia de muerte, se cubrió de alhajas como para asistir á una fiesta. De este modo ataviada fué á salir á la galeria y se encontró cerrada la puerta con llave: ante aquella contrariedad rugió de ira, y empezó á dar golpes, pero nadie acudió, ni consiguió abrir. Entónces pensó que no tenia otro camino para ir á la capilla que el pasillo interior y en este caso la era preciso, inevitable, atravesar su antigua alcoba y el cuarto de su marido.

Los obstáculos la irritaban y se lanzó por aquel lado resuelta á todo. Hacía mucho tiempo, desde que el cuerpo de D. Javier se sacó de la alcoba mortuoria, que no habia penetrado humana planta en aquellos aposentos. Se conservaba como un santuario para la familia.

Inés, delirante por la fiebre y por el espíritu de venganza que la dominaba, se atrevió á hollarlos, y sin pensar en otra cosa que en la satisfaccion de su ardiente deseo, tomó la llave que conservaba en su secreter y abrió su antiguo gabinete: desde allí pasó á la alcoba que comunicaba con la de su marido; la pequeña puerta de comunicacion estaba abierta. No la extrañó, pues en el estado de exaltacion en que se hallaba no podia fijarse en detalles, y avanzó resuelta, penetrando en aquel aposento que vió por última vez en la noche fatal, cuando su impía mano puso el veneno en el vaso de leche.

Todo estaba en el mismo estado. Herida repentinamente por el recuerdo luminoso de aquel momento, se detuvo en medio de la estancia.

Sus ojos asombrados se fijaron con terror en el lecho; allí estaba D. Javier, pálido, triste, con la mirada fija en ella; pero no una mirada iracunda, colérica, no; la miraba con lágrimas, con amor; era una mirada de perdon, de súplica, como queriendo penetrar en aquel cerebro turbado, amansar la tempestad que en él se agitaba, y llegando hasta el corazon, inspirarle el arrepentimiento.

Inés, clavada en el suelo, le veía y no se hallaba con valor ni para avanzar ni para retroceder. Sobre la mesa de noche estaba el fatal vaso de leche intacto; no le habían probado sus labios. Fascinada la infeliz, retrocedió su pensamiento, y como si sintiese los impulsos de arrepentimiento que en aquella noche la asaltaron, exclamó tendiendo el brazo:

—Aun es tiempo; no lo bebas, no.

D. Javier seguía mirándola desde el lecho, envolviéndola con la fosfórica luz de sus ojos.

El aposento, que tenía los balcones cerrados, estaba iluminado por la ténue luz de la lámpara de color de rosa; las sombras se multiplicaban en aquella semi-oscuridad y la exaltación de Inés crecía. Como una ráfaga de luz que penetra en las tinieblas, la pobre mujer sintió un instante la fría realidad en su mente calenturienta y gritó:

—¡Qué horrible ilusión!

Se tapó la cara con las manos y corrió hacia el despacho, sin atreverse á volver la vista atrás; atravesó el corredor secreto y entró en la tribuna reservada que sólo habían usado ella y D. Javier en los tiempos felices de su matrimonio.

Cuando llegó allí las fuerzas la abandonaron y cayó en un sillón, exánime, prostrada. Tenía aun ante su vista lo que ella juzgaba el espectro de su marido y que era él en carne y hueso; él, que aprovechándose del aislamiento en que estaban aquellos aposentos, dormía en su propia cama, ignorado, solitario y triste; él, que por su propia voluntad se había borrado del mundo de los vivos.

Pasados algunos instantes, la fascinación de Inés se fué desvaneciendo; pasó lo que juzgaba ilusión de su fantasía para ceder su plaza á la horrible realidad. Tendió la vista en torno suyo y sintió debajo en la capilla multitud de gente que se agolpaba; en el altar mayor una dichosa pareja, que recibía la bendición nupcial y por doquiera luces que alumbraban su dicha.

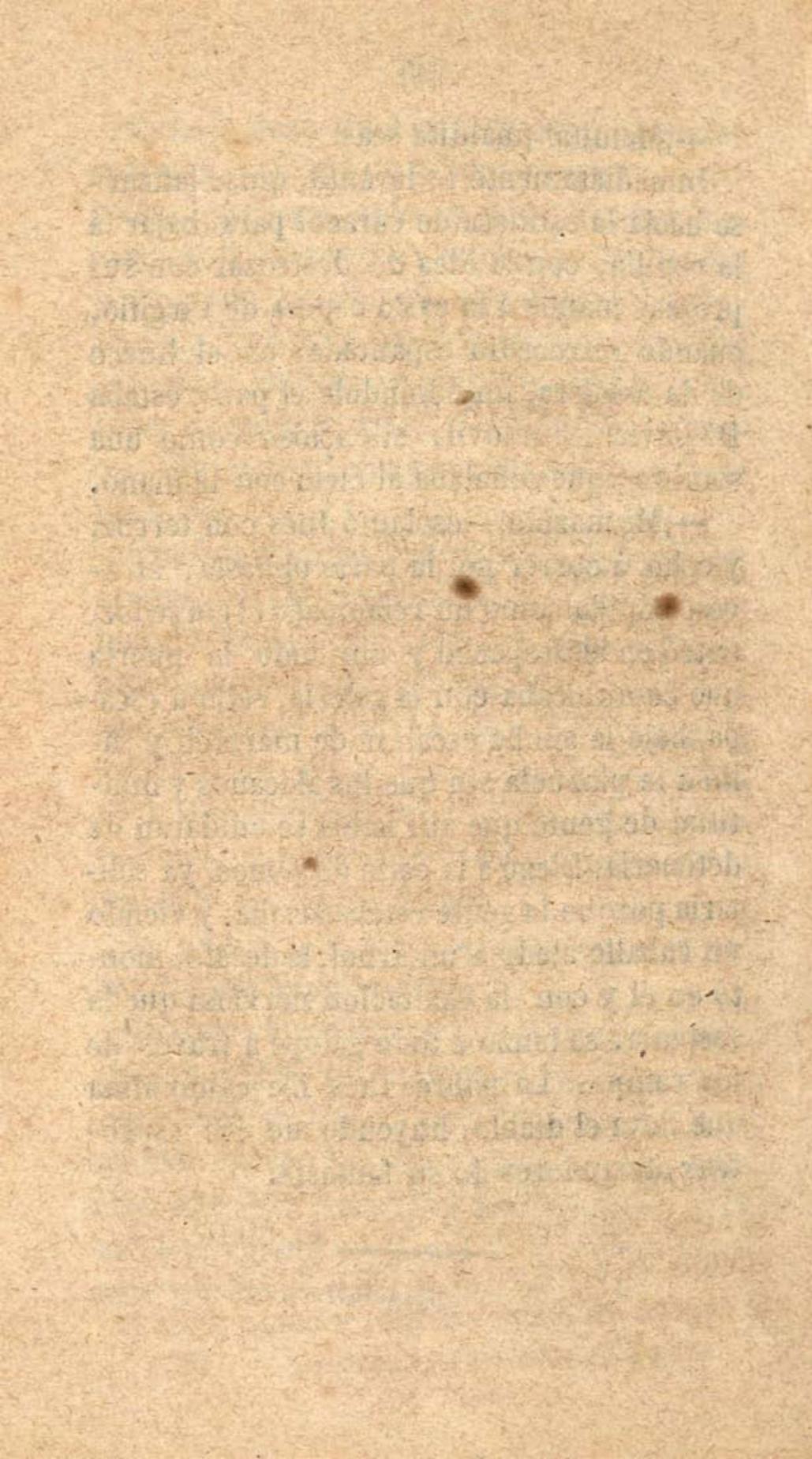
La capilla parecía un ascua de oro con todas las arañas encendidas.

Cuando distinta, clara, penetrante, escuchó las palabras sacramentales «sed esposos,» rugió con ira y de su pecho se escapó el grito que oyeron los circunstantes. Al escuchar que Mr. Marchand los bendecía, ella exclamó dejándose llevar de la cólera y del odio que fermentaba en sus entrañas:

—¡Maldita! ¡maldita seas!

Inmediatamente se levantó, quiso lanzarse hácia la escalera de caracol para bajar á la capilla, con la idea de destrozar con sus propias manos á la casta esposa de Virgilio, cuando retrocedió espantada; en el hueco de la escalera, impidiéndola el paso, estaba D. Javier, inmóvil, silencioso como una sombra, que señalaba al cielo con la mano.

—¡Mi marido!—esclamó Inés con terror, y echó á correr por la parte opuesta, atravesó rápida como un relámpago el corredor, entró en el despacho y abriendo la puerta que comunicaba con la galería, salió á escape, bajó la ancha escalera de mármol, y salió á la plazuela sin que los aldeanos y multitud de gente que allí habia se cuidaran de detenerla. Llegó á la calle de olmos, ya solitaria porque la gente estaba arriba, y viendo un caballo atado á un árbol, le desató, montó en él y con la exaltacion nerviosa que la sostenia, se lanzó á todo galope á través de los campos. La pobre Inés iba como alma que lleva el diablo, huyendo de los espectros aterradores de su fantasia.



CAPITULO XIV.

La carrera de un caballo.

El espectáculo promovido por los gritos de Inés desde la tribuna, causaron á los recién casados y á toda la familia un profundo disgusto. Precisamente un acto que debió ser todo satisfaccion y júbilo, se amargó con la protesta de una mujer que sin derecho ninguno para ello se sentia humillada, despreciada y en su loca soberbia dejó estallar su profundo resentimiento en un instante de vértigo.

Como su razon no estaba turbada sino por breves intervalos, cuando la fiebre invadia su cerebro, debió comprender la imprudencia de sus palabras, y avergonzada de sí misma, turbada al propio tiempo por la aparicion del que juzgaba un espíritu sobrenatural, solo pensó en huir, en alejarse de aquella casa y apeló á la fuga; la casualidad le deparó un buen caballo, y como tenia la

costumbre de montar y era maestra en equitación, se lanzó á toda brida traspasando valles y cerros y caminos intransitables, siguiendo por el interior de la sierra, sin tregua ni descanso, hasta que la faltaron las fuerzas, y exánime, sin aliento, moribunda, soltó las riendas y cayó en tierra precisamente en una pradera al pié de un risco y á la márgen de un riachuelo.

El caballo siguió su vertiginosa carrera.

En lo alto del risco habia una ermita, y desde el pórtico dos personas contemplaban el sorprendente espectáculo de una dama vestida de terciopelo y cubierto el rostro con un velo, que llega á galope en un caballo y cae en tierra desmayada.

Aquellas dos personas eran los ermitaños, un anciano matrimonio que cuidaba del pobre santuario de San Roque hacia cuarenta años lo ménos. Inmediatamente que sucedió la catástrofe bajaron á prestar su socorro á la señora completamente desconocida para ellos.

Inés no tenia lesion ninguna, habia caido sobre la yerba, y su enfermedad mayor era la postracion de su cuerpo y de su espíritu. Volvió de su desmayo en cuanto la rociaron el rostro con agua fresca, y abriendo los

ojos se hizo cargo de la situación en el instante, recordando la causa de hallarse en aquel sitio.

—¡Ah! ¡Buena gente!—exclamó.—Quien quiera que seais, socorredme, permitidme descansar un momento en un sitio apartado de todo el mundo, donde no haya gentes, donde nadie me vea.

—Precisamente ha venido Vd. á un punto que reúne esas condiciones, la soledad más absoluta, el pueblo más cerca está de aquí tres leguas, y como la ermita se halla en un risco tan elevado, sólo las palomas suben á ella;—dijo el ermitaño.

—Apóyese Vd. en nosotros y la llevaremos á nuestra pobre casa;—exclamó la mujer pasando un brazo alrededor de la cintura de Inés para ayudarla á levantarse, pero no pudo. Su debilidad era tan grande, que tuvieron que subirla entre los dos. Afortunadamente estaba tan delgada que pesaba muy poco y no les costó gran trabajo.

La veían ricamente vestida y cubierta de hermosas alhajas y esto duplicaba sus fuerzas.

—Será alguna gran señora,—decían,—sirvámosla, que no lo perderemos.

Inés volvió á quedarse aletargada, de ma-

nera que apenas sintió la ascension á la montaña, la entrada á la ermita que estaba medio arruinada, y despues cuando la desnudaron y la metieron en un aseado lecho, que los ermitaños tenian siempre dispuesto para el extranjero que llegaba por casualidad á visitar la ermita.

Las pobres gentes estaban asombradas al ver tantas riquezas, pues Inés en su delirante vanidad se habia puesto sus mejores joyas para asistir á la boda y valian un capital, deslumbrando la sencilla vista de los ermitaños aquella rica pedreria, que despedia, como los rayos del sol, reflejos luminosos.

Todo lo fueron colocando con gran cuidado sobre una mesa, los pendientes, la diadema, el collar, el alfiler, el reloj, las pulseras y los anillos; además un rico broche de brillantes con que se recogia la túnica del vestido, y las agujas que sujetaban en su cabeza el velo de encaje.

Cuando despojada de todo y desnuda la metieron en la cama, los dos viejos se miraban uno á otro, la miraban á ella y volvian la vista hácia las joyas y hácia el vestido de terciopelo y velo de encaje que pendia de un clavo, diciendo en espresiva mímica:

—¡Qué fea es y qué cosas tan ricas lleva!

Efectivamente, Inés estaba horrible; á su cuerpo demacrado, pálido, se unia aquella cabeza rapada que en otro tiempo ostentó tan espléndida cabellera rubia, y aquel rostro mutilado y lleno de cicatrices, de encendido color, mostrando en su boca, siempre abierta por la tension del lábio, dos hileras de largos y apiñados dientes.

—Ha vuelto á desmayarse,—dijo la mujer.

—Quizá debilidad; Dios sabe desde dónde vendrá esta señora: la daremos una taza de caldo;—contestó el marido.

—Tienes razon; voy por él, precisamente lo tengo muy rico, hecho con la liebre que mataste esta mañana.

Y la pobre mujer salió de la estancia dirigiéndose á la cocina con la celeridad que le permitian sus piernas de setenta Añiles.

Mientras volvia, frotó el ermitaño las sienes de Inés con agua y vinagre, teniendo la fortuna de que abriese otra vez los ojos; pero era su postracion tan completa, que los cerraba inmediatamente.

—Anímese V., señora, tomará una taza de caldo; y le dará fuerzas.

—Sí,—exclamó Inés con voz débil;—hace muchas horas que no tomo alimento.

—Pues aquí tiene un caldo que resucita á

los muertos, y un trozo de liebre traigo tambien por si se encuentra V. con apetito;— exclamó la anciana que oyó las últimas palabras de Inés.

—¡Dios se lo pague! ¡Ah! si; venga.

Inés apuró hasta con ánsia la taza de caldo, y despues se comió el trozo de liebre.

—¡Magnífico! esto restaura las fuerzas; en aquella maldita casa yo no podia comer. ¡Ah! gracias á Dios que la dejé; aquí no me perseguirán los espectros aterradores.

—¡Dios mio!... ¿si estará loca?—murmuró en voz baja la ermitaña, al escuchar tales frases.

Inés, si no lo oyó, adivinó su temor y replicó ya más animada.

—No teman Vds.: estoy en mi juicio; pero he sido muy desgraciada allá bajo; en una casa, en un pueblo que nunca nombraré, no me lo pregunten Vds., y de la que he huido para siempre; nada me liga allí, no tengo parientes, ni amigos, soy sola en el mundo, ¡sola!

Ante esta idea pareció conmoverse aquella helada naturaleza, que no tenia nunca una lágrima, ni para sus dolores, ni para los ajenos, pero rehaciéndose instantáneamente, exclamó:

—Dadme un poco de agua, y dejadme descansar; es lo que necesita mi cuerpo y mi espíritu.

—¡Agua! ¡vino es mejor! tras de la liebre vino, y que tengo aquí una botella de Valdepeñas riquísimo, de las que me regaló el señor cura cuando la fiesta de San Roque.

El ermitaño, sumamente amable, fué á una despensita allí próxima y sacó una botella y un gran vaso de cristal. Llenó este y se lo presentó á Inés.

—¿No me hará daño?—esclamó mirándolo;—tengo una sed horrorosa.

—¡Daño! esto da la vida. ¡Ea! arriba con ello!

Inés apuró el contenido con avidez, y á poco cayó su cabeza sobre la almohada en un estado de postracion completa, que se convirtió en un sueño profundo, y muy tranquilo.

La anciana corrió las cortinas de la ventana, dejando el aposento á una media luz, arregló las ropas de la cama, y dijo á su marido:

—Ahora ya tiene la señora sueño para un rato; vámonos á comer, que el sol traspasó el cerro de la Bubilla, y deben ser lo ménos las dos.

El pronóstico se cumplió. Inés durmió veinticuatro horas, no despertándose hasta el siguiente dia por la tarde.

¡Cuántas conjeturas harian los pobres viejos durante aquel sueño interminable!

—¿Quién será esta señora? ¿quién será?—decia la anciana:—sin duda una marquesa, porque he oido decir, y me acuerdo haber visto en mi juventud cuando estuve sirviendo en Madrid, que las señoronas van cubiertas con esas alhajas tan ricas, como las que traia esa desconocida, y deben valer muchísimo dinero, porque relucen al sol como áscuas de oro.

—¿Qué sabemos nosotros de eso! Puede que sean falsas, porque el oro falso tambien reluce; —dijo el ermitaño.

—Pero no como ese; y sobre todo las piedras; ya ves tú qué diferencia de aquella corona de piedras falsas que le ponen á la Virgen, míralas y compara con estas; yo ya lo he reparado;—contestó la mujer, que parecia un poco más lista que su marido.

—Vosotras las mujeres, todo lo veis, yo no me fijo en eso; pero sea como quiera, no nos importa; verdaderas ó falsas tienen dueño y se las daremos intactas cuando se ponga buena

—No digo yo lo contrario: es que revelan.

á una persona de alta categoria, siendo legítimas.

—Claro.

—Y la señora debia venir de muy lejos, y ya estenuada de fatiga cayó del caballo: gracias á Dios que habia yerba; sinó se rompe la cabeza; y ¿dónde habrá ido á parar el animal? ¡qué hermoso era!

—¡Dios lo sabe! Segun el paso que llevaba no hay quien le dé alcance en tres dias. Pero, mujer, no nos estemos aquí en conversacion; y si la señora despierta, se encontrará sola; anda, vete á verla.

La ermitaña dejó á su marido sentado en el poyo á la puerta del santuario, y fué á la salita baja, donde habian colocado á Inés.

Ya estaba la jóven medio reclinada en los almohadones de la cama, mirando con asombro á todos lados, y recordando la série de acontecimientos que habian pasado por ella en los últimos dias.

Su imaginacion exaltada aun la representó como en un espejo la escena de la capilla; la boda de Virgilio y de Clavellina, y estremeciéndose visiblemente exclamó con despecho:

—¡Casados! ¡casados y felices! ¡qué suerte de mujer!

Despues de este amargo desahogo de su angustiado corazon, recordó á su marido y volvió á murmurar:

—¡Pero y el espectro de Javier! ¡Ah! sí, es un espíritu del otro mundo, tambien me perseguirá aquí, tambien turbará en la soledad mi tranquilo sueño. Pero nó; yo he dormido perfectamente, aquí se vive, se descansa, lejos de aquella casa maldita, donde hasta los criados me insultaban, donde he laba mi sangre la mirada inquisitorial de aquel viejo, que parecia un Argos, todo lo veia, en todo se fijaba, siempre sus ojos de culebra clavados en mi rostro, como queriendo leer mis pensamientos en lo más recóndito de mi imaginacion. ¡Ah! gracias á Dios, que salí de ella. Todos me hacian daño, y era una horrible violencia la mia el tener que guardar consideraciones en aquella casa, donde ya se me toleraba por compasion.

Los homenages serán ahora para el nuevo astro; para esa odiosa gitanilla que Virgilio ha elevado á sus brazos.

—¡Desdichada de mí! ¡Desdichada! ¡Por fortuna, la carrera del caballo me sacó para siempre de allí! ¡para siempre! ¡para siempre!

CAPÍTULO XV.

Manuel Salcedo.

Sumida en estas reflexiones estaba cuando entró la ermitaña con una taza de caldo.

Inés la recibió con alegría.

Estaba la jóven viuda completamente cambiada.

Ya no era la pantera furiosa que odiaba á todo el mundo, y sufría accesos de demencia en el castillo de San Torcáz, ni la hipócrita esposa de D. Javier, que estudiaba el mejor medio de engañar á su marido y de conseguir el amor de Virgilio.

El desengaño habia sido terrible; ya nada esperaba del mundo ni de los hombres; entregada á sí misma, su vida futura debia ser obra suya.

Aquellas veinticuatro horas de apacible sueño en un santuario, bajo el amparo de dos ancianos respetables, libre de sombras y ajena á toda idea de venganza, la devol-

vieron la plenitud de su razon, permitiéndola entregarse á sus desconsoladores pensamientos.

—Buenos dias, señora;—dijo con bondadosa amabilidad la ermitaña.—¡Cuánto me alegre ver á V. despierta! Ya nos iba poniendo en cuidado su largo sueño.

—Muy buenos dias; ¡ah! ¡qué buena es V.!

—Le traigo una taza de caldo, capaz de resucitar á un muerto: con que vamos, ánimo; debe V. estar desmayada.

—En efecto, siento una debilidad grande; pero esto es poco para mí; me encuentro con apetito;—contestó Inés tomándose el caldo en un santiamen.

—No tenga V. cuidado, que pronto traeré otra cosa que se pegue más al riñon.

La buena mujer salió y volvió enseguida con un buen plato donde llevaba una perdiz estofada.

—Ayer por la tarde se marchó mi Anton á caza y trajo dos perdices; puse una esta mañana en estofado para cuando se despertase V. que no le faltase rico alimento y pudiera recobrar sus fuerzas:—dijo colocando sobre la cama una blanca servilleta y un cubierto de madera.

—¡Es el colmo de la bondad! ¡V. sin cono-

cerme, sin saber si soy una mujer buena ó mala, me cuida, piensa en mí; vela mi sueño!

Inés la miraba con espresion de cariño; aquella pobre anciana la representaba á su madre que hubiera hecho lo propio en igual caso.

—Pues ya lo creo; mi marido y yo desde ayer sólo pensamos en V. deseando complacerla, y que poniéndose del todo buena nos mande lo que guste: somos sus humildes criados.

—Eso no; mis padres en tal caso;—exclamó Inés mientras devoraba con ánsia la succulenta perdiz, servida en tosca vagilla y que sin embargo la pareció excelente.

Hacia muchos años que no comia con tanto apetito.

—¡Ay! ¡no quiso el Señor dejarnos nuestros hijos!—exclamó la anciana con un suspiro.

—Pues yo lo seré,—añadió Inés;—soy sola en el mundo, no tengo familia y deseo vivir en la soledad, lejos del mundo y al abrigo de las miradas indiscretas y de las burlas de los hombres, que porque he tenido la desgracia de perder la nariz, quedándome fea como V. vé, se rien de mí.

—Reirse, ¡vaya! pues es una desgracia

que dá el Señor y no merece risa; más bien compasion: ¡pobre señora! ¿y cómo ha sido eso?

—Yo no lo sé; me dió un accidente, caí en tierra y me di un golpe terrible facturándame el pómulo y la nariz perdiendo la razon, que yo creo no haber recobrado hasta ahora, porque de nada me acuerdo;—no sé cómo han podido hacerme esta operacion sin yo sentirlo: en fin, fea y todo V. me quiere, ¿no es verdad?

—Ya lo creo; sí, señora, muchísimo.

—¿Y me respetarán?

—La respetaremos y la serviremos y todo lo que quiera: y no nos burlaremos de su desgracia, porque Dios castiga á los malvados que se burlan del infortunio. Aquí, como vivimos ya cuarenta años en la casa del Señor, hemos aprendido á ser buenos y á pensar bien de todo el mundo.

—¿Y Vds. me recibirán en su compañía?

—Si V. lo desea y como dice no tiene á nadie, con mucho gusto;—contestó la anciana.

—Seré una buena hija para con Vds. y cuidaré de su vejez; soy rica y nada les faltará.

—Con el alma y con la vida; qué consuelo

tan grande para nosotros! ¡Ay! señora; déjeme V. que la abrace; estoy loca de alegría; de rodillas la serviremos á V. mi marido y yo.

La pobre mujer abrazaba y besaba á Inés con trasportes del más vivo cariño.

La jóven viuda se arrojó en sus brazos murmurando:

—¡No tengo padres! Vds. lo serán míos.

De repente la anciana se quedó seria y dijo:

—¡Pero qué loca soy en pensar así! V. se cansará pronto de vivir en esta soledad, y nos dejará solos, y se irá á su casa con sus amigos.

—No tengo casa; mi marido murió, y su heredero me trató con tanto desden que resolví dejarla; ayer monté en el caballo y dije á la ventura «voy donde Dios quiera.» Cuando aquí caí Vds. me recogieron. Será esta la voluntad del Señor, que al depararme este bendito asilo me manda en él concluir mis días.

—Aquí no estará V. mal: esto es muy sano, pero triste; porque se pasan los años enteros sin ver á nadie, y no tenemos más ocupaciones que cuidar la ermita y procurarnos el alimento, pues no nos dan sueldo

ninguno ; sólo la casa y alguna limosna cuando vamos á los pueblos inmediatos. Y vamos poco, pues el que menos dista tres leguas, y como mi Anton todavía tiene buen ojo y caza y pesca bastante, con eso nos mantenemos. Con los huevos y pollos de las gallinas que va mi Anton á vender todas las semanas y alguna cosa, compramos pan y no lo pasamos del todo mal; sólo siento la vejez que llega demasiado de prisa, y se pone una imposibilitada de trabajar, ya vé V.; en este caso, si no tenemos hijos, ¿qué será de nosotros? Moriremos en un rincón de la ermita pidiendo á la Virgen del Cármen y al bendito San Roque que recoja nuestra alma.

—Aquí estaré yo; en mis brazos exhalarán su último aliento; los cuidados que hoy me prodigan con tanto cariño se los devolveré con usura: viva V. pues, tranquila, pobre anciana.

Inés hablaba con sinceridad; era quizá la primera vez de su vida, en que libre del artificioso estudio á que se mostró siempre tan aficionada, permitiósese ser explícita y sencilla. Libre de las miradas del mundo ya no tenía necesidad de fingimiento; fuera del teatro de la sociedad, donde los habitantes tienen que ser actores para vivir en ella, en-

gañándose los unos á los otros, la farsa no hace falta y dejó á su carácter mostrarse tal cual, era ingénuo y sencillo con arreglo á la metamórfosis operada en ella por los últimos acontecimientos de su vida.

La bondadosa anciana fué llena de júbilo á participar á su marido la conversacion que acababa de tener con la señora y sus deseos de quedarse á vivir en la ermita; lo que fué para los pobres viejos motivo de la más plácida alegría.

Dos dias despues, Inés se encontró fuerte y animosa, y se dispuso á dejar el lecho.

La señora Genoveva, que así se llamaba la ermitaña, entró muy temprano á llevar á Inés su desayuno; así que esta la vió la dijo:

—Quisiera vestirme, querida madrecita; estoy muy bien; he dormido perfectísimamente. ¡Ah! ¡Cuánto tiempo hace que no he disfrutado de un sueño tan tranquilo!

—Bien, pues la traeré el vestido aquel que se parece al manto de la Virgen de la Soledad.

—¡No por Dios! el terciopelo y los encajes se quedan para las grandes señoras; yo seré en adelante la hija de unos pobres ermitaños y como tal debo vestirme. Déme V. ropa suya y ese trage será para la vírgen.

—¡Ay, señora de mi alma! si no tengo más que lo puesto; ¡somos tan pobres!

—¡Válgame Dios! ¿y cómo nos arreglaremos? Yo no tengo dinero; alhajas sí, que valen un dineral; ¿pero qué haremos con ellas?

—Anton tiene que ir esta semana á Colmenar, de allí se puede traer lo que V. quiera.

—Pues mire V.; haremos una cosa, desde Colmenar se marcha á Madrid, llevará una de esas joyas al Monte de Piedad; y ya tenemos dinero para un poco tiempo. Cuando se acaben todos los recursos que esto nos proporcione, yo pediré al mayordomo de mi cuñado; me dejó mi marido asignada una buena pension y echaré mano de ella en último caso, pero entre tanto á ver con qué me visto, busque V. alguna saya por ahí en esos arcones de pino; ¿qué guarda V. en ellos?

Inés señalaba á dos que habia en los extremos del aposento.

La señora Genoveva exhaló un hondo suspiro, y exclamó casi llorando;

—Guardan la ropa de mi hijo; mi pobre Manolo; el infeliz vivia muy contento con nosotros, se iba á casar con una guapa chi-

ca de Bustarviejo, y tenía ya hecha la ropa de la boda y todo lo necesario, cuando le llamaron á la guerra, en una quinta extraordinaria, se fué y no volvió..... desdichados de nosotros..... no volvimos á ver más al hijo querido..... le mataron los carlistas.

—No llore V., pobrecita, ¡si en mi encuentran al hijo perdido! Yo seré su Manolo.

—Desdichados de nosotros; todos los días le rezamos; guardo su ropa como un tesoro y la riego con mis lágrimas continuamente. ¿Quién es capaz de querer como una madre? Su novia se consoló pronto; al año ya estaba casada con otro, y no habrá vuelto á pensar en él, mientras que en mi corazón será eterno su recuerdo.

Inés se habia quedado muy pensativa, alguna idea bullia en su mente.

La buena anciana fué á abrir una de las enormes arcas y sacó un vestido completo de hombre; era nuevo, de buen paño, aunque tosco, como correspondia á un jornalero. Le puso sobre la cama, complaciéndose en mostrar á Inés todas las galas que hubieran servido para la boda de aquel hijo idolatrado.

La enseñó las camisas, tan limpias y tan bien hechas por su novia; toda la ropa blanca, la de paño, el calzado, y hasta la gui-

tarra con los lazos blancos y encarnados sacó la pobre madre y la puso llorando sobre la cama donde estaba sentada Inés.

Esta, dando forma á su pensamiento, tomó una camisa y se la puso; despues el pantalon, la chaqueta y la faja; se calzó los borceguies y se plantó de un salto en el suelo.

La señora Genoveva la contemplaba con asombro.

—Perfectamente,—esclamó Inés, mirándose en un espejo que habia colgado sobre la mesa, estoy hecha un muchacho: al cambiar de condicion cambiaré de sexo.

La ropa de Manolo la sentaba tan bien que parecia hecha para ella.

—¡Dios mio! si se parece V. á mi hijo; así era un poquito más alto; pero rubio, blanco, con los ojos azules;—esclamó la anciana.

—Hágase V. la ilusion que soy el mismo; esta cicatriz de mi cara y la pérdida de la nariz han sido heridas recibidas en los campos de batalla. ¿Tiene V. sus papeles?

—Sí aqui estan todos: un compañero suyo me los mandó al anunciarnos su muerte.

Y la señora Genoveva mostró un rollo de papel y cartas.

Inés los examinó, y completamente resuelta á transformarse dijo:

—Desde hoy seré Manuel Salcedo, hijo de Vds.; que nadie en el mundo crea otra cosa y yo cumpliré con mis ancianos padres los cariñosos deberes del mejor de los hijos.

—¡Qué alegría! ¡si! ¡si! Lo que V. quiera, señora.

—¡Cómo, señora! es preciso olvidar eso; llámeme V. Manolo, y que el Sr. Anton diga lo mismo.

—¡Anton! ¡Anton!—gritó la anciana;— ¡ven! ¡ven pronto y verás á nuestro hijo que el Señor nos lo vuelve para consuelo de nuestra vejez!

El ermitaño acudió á las destempladas voces de su cara mitad y se quedó con la boca abierta mirando á Inés convertida en un joven serrano, con el traje que usan los pastores y jornaleros de la sierra.

—¿Pero qué es esto? Si es una broma me hace daño, porque se trata de la memoria de mi hijo, y no me gusta que sirvan sus ropas de diversion;—esclamó el viejo algo sério.

Inés le participó su resolución de quedarse á vivir con ellos, porque herida en lo más profundo de su alma por los desengaños del mundo, queria concluir sus dias en la soledad de aquella santa ermita que el Se-

ñor la habia señalado como refugio seguro y al abrigo de las tempestades de la vida. Si ellos la adoptaban como á su hijo, nada les faltaria, ni consuelos, ni alimentos mientras vivieran.

Claro es que aceptaron con júbilo ellos que veían su vejez tan solitaria y tan amarga.

Inés los abrazó llorando, luego se dedicó á reconocer su nueva morada; recorrió todos los alrededores de aquel cerro inaccesible donde era tan penoso el acceso, y vió el valle y el rio al pié del risco. La perspectiva era bella, alli sola frente á frente con su conciencia, y mirando como en un claro espejo, toda su vida pasada, Inés reconoció sus faltas y comprendió con lágrimas del más puro arrepentimiento los errores de su mala educación. La conducta que habia usado con su infeliz marido la horrorizó á sí misma, y pensando en lo bueno que era se consagró á rezarle y á llorar su memoria,—exclamando:

—¡Pobre! ¡pobre Javier! ¡qué ingrata fui!
¡Perdon! ¡Dios mio! ¡perdon!

CAPÍTULO XVI.

Las inquietudes de un muerto.

Dejemos á Inés en su nuevo estado y en el camino del arrepentimiento, y volvamos al castillo, donde su desaparicion produjo el disgusto consiguiente.

Al principio no se notó su ausencia, y los recién casados, seguidos de toda la familia y de la multitud de personas que invadian la casa, se reunieron en el comedor grande, donde sin extraordinario de ningun género tomaron un ligero desayuno y mandaron enganchar los carruajes para trasladarse á Madrid.

Patricio únicamente se ocupó en buscar á Inés por todas las habitaciones de la casa; pero cuando no encontrándola arriba bajó al pórtico, le dijeron que rápida como una exhalacion y con el velo echado por el rostro habia atravesado el patio, lanzándose fuera de la casa hácia la calle de olmos, donde la perdieron de vista.

El anciano criado, que tenia encargo es-
preso de D. Javier de buscarla y de prote-
gerla contra la animadversion de todos,
practicó las gestiones más minuciosas por
los alrededores sin fruto favorable, porque
ni la encontró ni nadie le dió razon de ella.
Como si hubiera sido una sombra se des-
vaneció en los campos.

Con el disgusto consiguiente entró á par-
ticipar á Virgilio tan desagradable nueva,
cuando ya se disponian para su viaje.

Honda impresion hizo en la familia aquel
incidente que amargaba la purísima alegría
que esperimentaban por el feliz enlace de
los dos jóvenes amantes.

—Faltaba una nube en el cielo de nuestra
dicha,—exclamó poéticamente Virgilio,—y
esa pícara mujer, que vino á esta casa para
tormento mio, quiso disgustarnos con su
ausencia.

—La infeliz está loca; tengamos compa-
sion de su desgracia,—murmuró Mercedes,
templando con sus dulces palabras el enojo
de su amado.

—Se habrá escondido por no presenciar
vuestro regocijo; dejadla, hijos mios, que
yo no la creo tan loca como la suponen,—
dijo Mme. Marchand:

—Y bien, ¿qué haremos en este caso? Marcharnos; ¿á qué interrumpir nuestro viaje? Si la estorbamos, y despues de *mal-*decirnos huyó por no presenciar nuestra dicha, dejémosla tranquila y que vuelva cuando quiera; aquí tiene su casa; ha sido la esposa muy querida de mi infeliz hermano; él me la recomendó espresamente, yo cumplo su encargo; por consecuencia, Patricio, haz que la busquen por todas partes, que se la respete y se la atienda como quien es, como á la viuda de D. Javier de San Torcáz.

Dichas estas palabras dió la orden de partida y fueron ocupando los coches; los recién casados con sus padres iban en el primero; seguian Horacio, D. Juan, el mayordomo, el capellan y numerosos amigos que se empeñaron en acompañarlos unos hasta Madrid y otros á la mitad del camino. La multitud de gente los seguia victoreándolos con mil aclamaciones de alegría, siguiendo los carruajes muy despacio por la calle de olmos hasta el valle, donde se detuvieron á la puerta de la casa de Mercedes.

La jóven queria dar su último adios á la adorada casita que la habia dado en su orfandad plácido asilo.

Se apearon y entraron todos, siguiendo á la jóven que con lágrimas de ternura iba recorriendo una á una sus habitaciones, besando los objetos que sirvieron para su uso, y arrodillándose por último ante el altar de la Virgen que tenia en su cuarto.

Estaba la lámpara apagada y la encendió ella misma, y buscando entre los vecinos del pueblo que la rodeaban un matrimonio muy pobre, á quien ella queria mucho, les encargo que cuidasen de la casa, y de que todo se conservase siempre en el mismo estado, la lámpara encendida y la habitacion como si ella misma siguiera habitándola.

Virgilio, anticipándose á los deseos de su mujer, señaló una pension al matrimonio, y entregó una respetable cantidad al párroco de Villacierzo para que la distribuyese equitativamente entre los vecinos más pobres del pueblo.

Tambien Mercedes ofreció á todos ser su protectora atendiendo siempre á las necesidades de los generosos vecinos que habia amparado su orfandad.

Mr. Marchand entregó tambien de su bolsillo particular una gran cantidad para el pueblo.

Cumplida su deuda de gratitud, y despues

de despedirse cariñosamente de cada uno en particular, montaron de nuevo en el coche, dirigiéndose á la córte entre las bendiciones de aquellos pobres aldeanos que hacían votos fervientes por la felicidad de los recién casados.

Si animada estaba la casa, y llena de gentes y de criados que pululaban por doquiera en los momentos de la ceremonia, tan triste y solitaria se quedó con la partida de los amos. A sus anchas pudo en aquellos momentos D. Javier recorrer las dependencias todas, empapándose en recuerdos queridos, y despidiéndose con amor de aquellos objetos que no tendria otra vez ocasion tan propicia de visitar: detúvose ante todo en el salon de los retratos, y fué á sentarse en el mismo sitio, donde sorprendió á Inés muchas veces contemplando el retrato de Virgilio.

¡Qué de amargas reflexiones acudieron á su mente con aquellos tristísimos recuerdos de los pasados dias de su escasa felicidad!

En dolorosa meditacion le halló sumido Patricio, que fué el primero que dejó á sus jóvenes amos, para volver á la casa donde le llamaba su deber.

—¡Qué imprudencia! Se sale V. aquí para que le vean;—exclamó el anciano criado.

—¿Y qué importa? ¡Me juzgarán una aparición! Además; si en la casa no ha quedado un solo criado y todos corren tras el sol que más calienta, los astros eclipsados se quedan en la sombra y nadie hace caso de ellos. ¡Pobre de mí! Soy un muerto, y nadie piensa en los que se van! ¡triste condicion humana!

—Pues la prueba de que yo no me olvido de V. es mi presencia aquí; los dejé en la casita del valle repartiendo limosnas y me vine á escape pensando en V.

—¿En mí nada más?

—Y en esa horrible mujer, que nos vá á dar más guerra que vale, y á la cual profesa todavia tanto cariño, á pesar de que ha sido la causa de la eterna desgracia de usted.

—¿Y dónde está? Con la idea de encontrarla he recorrido toda la casa inútilmente, —dijo D. Javier.

—Tambien yo, y no sólo la casa, sino los alrededores; un chico me ha dicho ahora al venir, que la vió montar en un caballo muy corredor que tenia el maestro de escuela atado á un árbol, y lanzarse á galope tendido por el camino del valle. En cuanto vengan los muchachos, que todos se han ido á despedir á los señoritos los enviaré á bus-

carla á través de los campos y á los pueblos inmediatos.

—Si, amigo Patricio, búscala por Dios; no sabes qué inquietudes tan grandes me causa su ausencia; por fin teniéndola aquí, cerca de mí, escuchando su voz á cada instante, me parecia ser ménos desgraciado; no descuides, amigo Patricio, ni un momento las indagaciones, la infeliz está casi trastornada y se habrá arrojado por ahí á algun precipicio. Ya la vida debe serle tan insoportable como á mí.

D. Javier con la mayor tristeza inclinó la cabeza sobre el pecho, sufriendo al considerar los dolores de Inés al ver felices y contentos á los novios, disfrutando Clavellina de una dicha por la que ella habia suspirado tanto, llegando hasta manchar su conciencia con horribles crímenes.

Las inquietudes del pobre señor eran crueles, llegando á sentir con toda el alma, que no fuese verdadera su aparente muerte.

Patricio le llevó á su cuarto, cerrando todas las puertas y dejándole entregado á su honda tristeza para ir á practicar las gestiones más minuciosas, sin conseguir averiguar el paradero de Doña Inés.

Pasó un mes, y otro, y pasó un año, y du-

rante este tiempo, el infeliz D. Javier, entregado á la soledad más espantosa se quedó como un verdadero cadáver. Él tan cariñoso, tan expansivo, que sólo vivía del afecto de la familia, se sentía morir; faltábale el calor, la vida. Un pobre corazón sin el aroma bendito del amor, ¿cómo puede vivir en el mundo?

D. Javier sintió la necesidad de buscar de nuevo un estado civil, para formar parte en la gran familia de los vivos, y dijo á Patricio una noche:

—Amigo mio; estoy muy malo; me siento morir y el frío del sepulcro vá penetrando en mi corazón.]

—Mi querido amo; V. se muere y yo también, este horrible secreto que me obliga á guardar, pesa ya de tal manera sobre mi ánimo que no puedo llevarle más adelante; diga V. lo que guste, mañana mismo se lo confieso al señorito Virgilio. Dicen que viene á arreglar cuentas para marcharse al extranjero con su esposa, y antes de que se vaya es preciso decirle que V. no ha muerto; que V. por un raro capricho se empeña en vivir escondido, haciendo la vida de los bichos y pájaros de mal agüero que duermen de día y velan de noche; es decir,

que huye V. de la luz para vivir en las tinieblas.

—¿Es esa tu resolución?

—Sí, señor: la misma;—contestó Patricio.

—Pues mira, viejo marrullero,—exclamó D. Javier, que á pesar de sus penas no perdía su tono festivo;—tu deber es obedecer á tu amo, y tú no harás más que cumplir mis órdenes.

—¡V. es un muerto, y yo no obedezco más que á los vivos!

—Pues prepárame la resurreccion; búscame estado civil, y volveré á tener pátria y amigos y familia, solo así puedo vivir.

Patricio se quedó pensativo, y como asaltado de repente por una idea exclamó:

—Precisamente he tenido carta ayer de Galicia, de un antiguo camarada, en la cual me pide que averigüe el paradero de un hijo suyo que tendrá la edad de V. poco más ó menos, y que se escapó en la juventud de su casa, porque en un raptó de cólera amenazó á su padre. Este muchacho fué soldado; ha estado en Cuba muchos años, y en diferentes ocasiones se ha dirigido á mí para pedirme noticias de su familia. Sé que está moribundo en un pueblecillo de Santander, pues llegó enfermo de la Habana y le reco-

gieron en su casa unos pescadores; esto lo sé por el mismo que me escribió pidiendo algun socorro y pensabá decírselo á su padre; pero nos vamos los dos allá: V. pasa algun tiempo respirando otros aires y veremos; si este chico muere, sus papeles le vendrán á V. perfectísimamente, yo diré que voy por encargo de su padre.

—¿Y si no muere? ¿cómo viajo sin documentos?

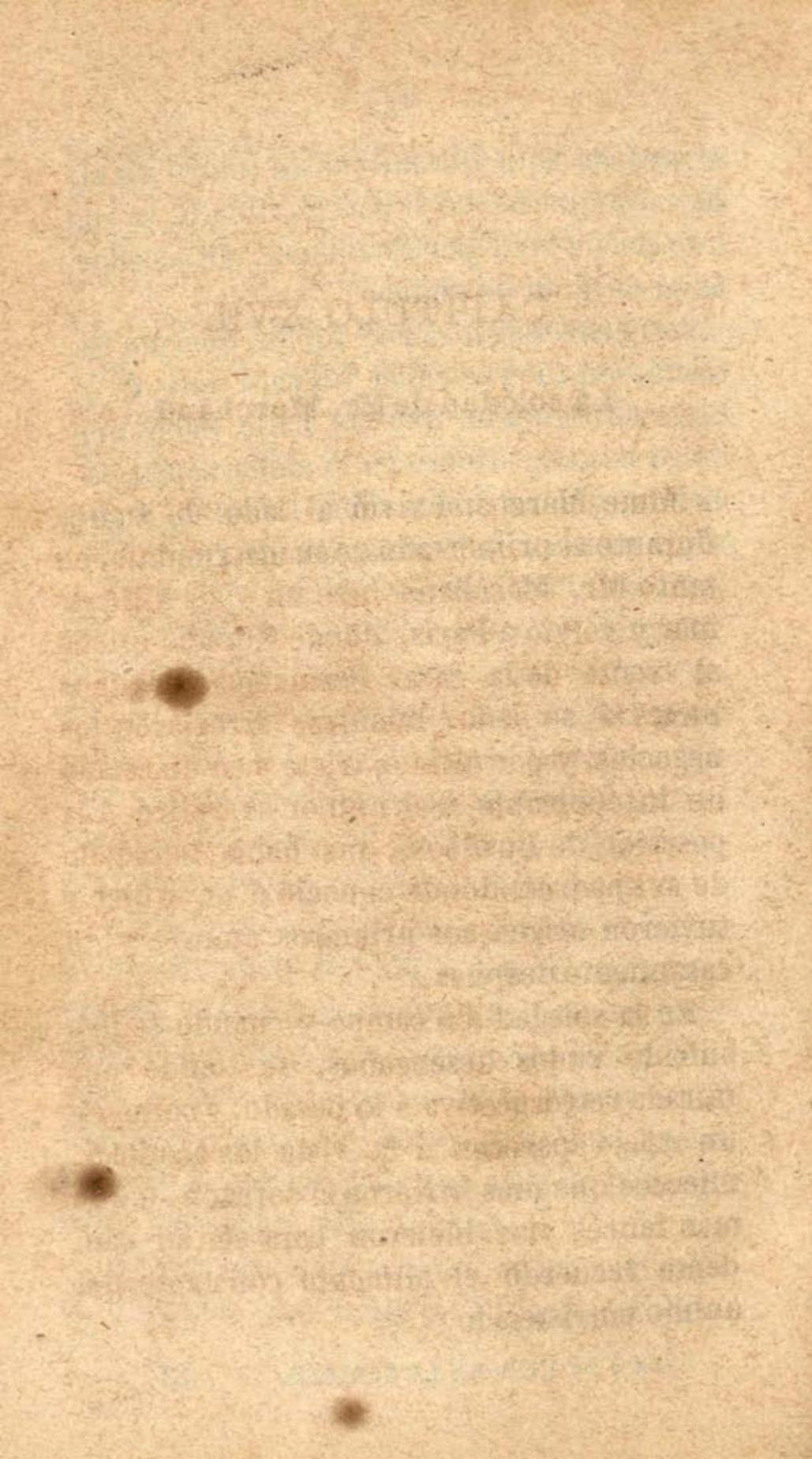
—Yo llevo los míos; y me procuraré buenas recomendaciones del señorito Virgilio, que no estrañará mi deseo de hacer un viaje despues de tantos años como llevo aquí encerrado. Y en cuanto al chico, me dice que su enfermedad es una tisis incurable, que le alcance el perdon de sus padres, porque no espera volver á verlos más.

—Pues, mira, es un plan magnífico; arréglalo todo como puedas, y cuando tengamos más seguridades de éxito, nos iremos á Santander; allí me embarco para América y volveré dentro de algunos años siendo otro hombre á morir en mi casa. A Inés ya he perdido la esperanza de encontrarla ¡Ay, infeliz! ¿qué habrá sido de ella?

—Yo no la tengo lástima, señor; sabe V. la aversion que tenia á Villacierzo; ella

escapó de aquí llevándose un caudal en alhajas, y quién sabe si tendría dinero; ya con esto puede vivir perfectamente, sin acordarse ni de V. ni de nadie.

—¡Quizá tengas razón! En fin, querido Patricio, en tu sagacidad fio para salir de la triste situación en que me hallo. Sabes que tengo bastante dinero en el subterráneo, tómalo, gíralo en letras sobre Lóndres, y entreguémonos á la Providencia de Dios.



CAPÍTULO XVII.

La soledad de Mr. Marchand.

Mme. Marchand vivió al lado de su hija durante el primer año de su matrimonio, en tanto Mr. Marchand hizo un viaje á Ultramar y volvió á París, donde Horacio estaba al frente de la casa. Permaneció algunos meses á su lado, mientras arreglaron los negocios, y por último, triste y en un estado de insoportable mal humor se retiró á la posesion de Burdeos, que habia heredado de sus padres, donde conoció á su mujer y tuvieron origen sus primeros amores y su casamiento despues.

En la soledad del campo y cuando se han sufrido rudos desengaños, se tiende una mirada retrospectiva á lo pasado, y como en un espejo aparecen á la vista los acontecimientos que más hirieron el corazon, ó que más felices nos hicieron para ser su candente recuerdo el alimento constante del ánimo entristecido.

Así aconteció á Mr. Marchand; hastiado de su vida aventurera, sin ambiciones que satisfacer, porque habia recorrido la escala en todos los géneros, examinó su situacion y se encontró cansado, viejo, enfermo, triste y solitario. Tendió una mirada en torno suyo, y su corazon se heló de espanto. Estaba solo, su mujer, sus hijos, sus amigos, todos le dejaban.

¡Qué amarga soledad!

Para el egoista que en el trascurso de su vida sólo se cuida de satisfacer sus propios goces, que no atiende á los que le rodean, que no hace feliz á su familia identificándose en sus placeres como en sus pesares, para ese pobre sér sólo quedan en la vejez el aburrimiento y el tédio.

Esto moralmente, en cuanto á la parte intelectual y material de su vida sucede lo propio. Atesoró riquezas, es verdad; pero no le proporcionaban placer ninguno; en medio de ellas se desesperaba y volvía los ojos al pasado evocando aquellos recuerdos queridos, cuando su amante esposa le amaba, embriagándose con esa dicha purísima que sólo proporciona el verdadero amor, el que llena los sentidos y satisface las aspiraciones del alma.

Los demás amores de la vida son ráfagas ligeras en un cielo tempestuoso que el viento se encarga muy pronto de dispersar.

El génio violento de Mr. Marchand se exasperó de tal modo, que ni los criados podían sufrirle, y se le marchaban de continuo, aumentando su desesperacion y sus insupportables angustias.

En esto, sus dolencias se agravaron, la gota le molestaba con frecuencia impidiéndole salir de casa, donde corrian las horas con una horrible monotonía.

—¡Ah! ¡mi mujer!—esclamaba con desesperacion.—Su música, sus libros, sus pinturas, ¡cuánta falta me hacen!

Comprendia al fin la importancia de las bellas artes en los usos de la vida.

Estando una mañana entregado á sus tristes reflexiones entró un criado con la correspondencia, llevaba periódicos y varias cartas.

Abrió estas y arrojó aquellos con indiferencia.

Una carta elegante, primorosamente escrita con caracteres ingleses, llamó toda su atencion, la besó y la leyó varias veces.

Hé aquí su contenido:

«Querido padre mio: Dice Vd. en su tris-

te carta de ayer, que la felicidad es una ilusión que no existe en este mundo. Error, profundo error; la felicidad existe para quien sabe procurársela y merecerla. No existirá para el malvado, no existirá para quien ha pasado la vida embriagándose en el placer efímero del momento, sin cuidarse del porvenir; pero existe y muy grande para quien consagra todas sus facultades al bien de la humanidad, para quien siembra caridad y amor y recoge los divinos frutos del agradecimiento. En mis cortos años me he visto abandonada, pobre, sin recursos de ningún género y he sido muy feliz, porque amé á los que me amaron y me favorecieron, los amé más que á mí, y pensé y pienso en los otros antes que en mí misma. Hoy tengo una posición distinguida, riquezas, familia y amigos, y soy tan feliz como cuando era huérfana y pobre. ¿Sabe usted por qué? Porque mi felicidad consiste en ver dichoso á mi marido, en hacer felices á los que me rodean, y su dicha es como el sol, que me calienta con sus rayos.

»Empero, también como el sol tiene manchas, la humana felicidad tiene lunares. Padezco porque no puedo transmitir mi dicha risueña y tranquila, mi alegría que brota

entre flores, no puedo trasmitírsela á usted y á mi madre adorada.

»El que ama, el que siente en su corazon la llama divina que dulcifica todas las amarguras de la vida, ese no puede ménos de ser feliz: el amor es el único manantial purísimo que aspiramos con delicia. Usted no puede ser feliz, padre mio, porque no ama, porque su corazon, cerrado por el materialismo de la vida, ha sido refractario á este dulcísimo sentimiento. Perdone Vd. si toco y lastimo la cuerda sensible de su alma. ¡Ojalá que mis palabras logren abrir ante su vista nuevos horizontes! Basta de filosofía; dirá Vd. que la paloma del valle se ha vuelto pedantesca: es que la dicha se desborda de mis lábios, y la dejo correr como el arroyuelo que se desliza en la pradera.

»Mi hijo, mi idolatrado Javier, desde los brazos de su padre y de su abuela, viene á los míos buscando en mi seno su precioso alimento; ya sonrie y llama á su abuelo; pero Vd., como no nos ama, no viene á conocerle ni le agrada hallar placer en nuestros placeres. ¿Qué hace Vd., padre mio, en esa horrenda soledad?

»Le adora con el alma su hija,

MERCEDES.»

Esta carta hizo profunda impresion en el ánimo de Mr. Marchand. Apoyó los codos en la mesa, y escondiendo el rostro entre sus manos, permaneció más de dos horas en meditabunda actitud.

—¡Que no los amo!...—murmuró al fin, levantándose con trabajo del sillón donde le tenia sujeto la gota, para dar unos cuantos paseos por el aposento apoyándose en su bastón.—¡Ah, triste de mí!... ¡Cerrado mi corazón al único sentimiento que puede hacer en el mundo la felicidad!... ¡Cerrado para el amor de una esposa tan buena!... ¡Dios mio!..... ¡Dios mio!..... ¡Yo estuve ciego!.....

Y el infeliz, presa de horribles amarguras, dejó el paseo para volver al sillón, y dejó el sillón para volver al paseo, sin encontrar en ninguna parte el reposo y la calma que necesitaba su espíritu.

Pidió el coche y salió; pero no habian trascurrido dos horas, cuando estaba de vuelta en casa. Esta vez no venia sólo como siempre: le acompañaban dos jóvenes, músico el uno y poeta el otro.

—¡Ah, señores míos!—les decia Mr. Marchand;—crean Vds. que me ha sido gratísimo su encuentro, y tengo un inmenso

placer en volver á recibirlos en mi casa. Espero que me acompañarán á la mesa; estoy solo, achacoso y triste por la ausencia de mi familia, y nada más agradable para mi corazon que reanudar cordiales relaciones de amistad con los amigos de mi esposa, de mi adorada Mercedes.

Uno de los jóvenes tomó la palabra.

—¿Y cómo está Mme. Marchand?—preguntó;—hace tantos años que no la vemos... Hoy, cuando hemos encontrado á V., pensábamos venir á su casa, porque tenemos con ella una deuda de gratitud.

—Está bien, perfectamente; vive por ahora en Madrid con la niña, que por fin pareció en un pueblecillo de la tierra de Miraflores; se casó y ha tenido hace poco su primer hijo; espero que no tardarán en venir por acá.

—Ya lo supimos, y tambien se dijo que Mme. Marchand se marchó á España en cuanto desapareció su hija, teniendo como un presentimiento del alma de que á España habia ido y sólo allí la podia buscar.

—Es verdad; juró no volver á Francia sin Mercedes y lo ha cumplido,—dijo monsieur Marchand.

—¡Qué buena es! ¡qué corazon tan grande!

¡qué admirable mujer! Nosotros la debemos nuestra posición y nuestra carrera; tanto este amigo como yo, nos fuimos á París desde esta población en donde vivíamos con la familia, con ánimo de seguir los estudios literarios y musicales que aquí habíamos emprendido. Llegamos allá sin conocer á nadie, todo nuestro tesoro era una carta de recomendación para Mme. Marchand: ella, que es tan gran artista, como notable escritora, nos acogió como hermanos, nos protegió cuanto pudo, y la debimos las horas más felices de nuestra vida.

—Hé ahí su piano: el que tenía precisamente en París, que lo mandé traer hace poco, para que cuando venga le encuentre aquí; ¿por qué no toca V. algo?—dijo Mr. Marchand, levantándose y abriendo el precioso instrumento.

—Es verdad. ¡Ah! le reconozco; magnífico Pleyel. ¡Cuántas veces temblaron sus teclas bajo mis dedos! Y el músico, que era un gran maestro, recorrió con placer el teclado arrancándole preciosas notas que entusiasmaron á Mr. Marchand.

El alma de hielo empezaba á derretirse.

—¿No recuerda V. algo de lo que tocaba mi mujer?

—Era muy aficionada á la música alemana, y la preferia á todas; Mendelssohn era su favorito.

El músico recordó una de las fantasias que tocaba Mme. Marchand, y la ejecutó con inimitable maestría.

—Es verdad;—esclamó Mr. Marchand con los ojos llenos de lágrimas;—recuerdo haberse oído tocar muchas veces.

De la música pasaron á la poesía. El poeta recitó una bellísima composición que la habia dedicado, como muestra de gratitud, cuando por su influencia entró de redactor en un periódico, que fué el principio de su carrera.

Aquellos conceptos laudatorios, que tan alta ponian á su mujer, fueron agudas espinas para el corazón del comerciante, que cegado con la prosa de los guarismos no habia conocido ni sabido estimar á la que tanto valia.

Los dos artistas sólo se ocuparon de Mme. Marchand durante la visita, y se despidieron despues de haberles exigido Mr. Marchand la promesa de que volverian á comer con él, llevando á todos sus amigos, que lo hubieran sido tambien de su adorada esposa.

¡Anomalías de la vida! Lo que habia desdenado siempre era el objeto de su mayor interés; cuando pasó la fiebre del dinero com-

prendió que sólo los goces tranquilos del amor, de la familia y de las artes pueden proporcionarnos momentos de verdadera y apacible dicha.

Comprendemos el valor de un objeto cuando lo hemos perdido; así Mr. Marchand conoció cuánto valia su mujer cuando sintió la falta, en su corazon y en su casa, cuando los estraños y los propios le hicieron admirar el mérito y las virtudes que la adornaban.

— ¡Y es posible que yo haya estado ciego tanto tiempo! — se decia. — ¿Cómo no aprecié tantas bellas cualidades como tiene el ángel que Dios me concedió por esposa? ¡y la hice una martir! ¡y fui su tirano! ¡miserable de mi! Busqué el placer, busqué la dicha en quimeras efímeras, corrí como un loco, tras frívolas y nécias mujeres que esplotaron mi bolsillo y estragaron mi alma, cuando la felicidad, el bien, la gloria y el amor estaban á mi lado. ¡Ah! ¡necio! ¡necio de mí! ¡Corremos tras de una ilusion engañosa, dejándonos á la espalda la realidad!

En estas reflexiones pasaba sus dias Mr. Marchand, sin hallar más placer que con el trato íntimo y cariñoso de los amigos de su mujer, que habia desdeñado siempre.

CAPÍTULO XVIII.

Arrepentimiento.

Un nuevo golpe, hábilmente preparado, concluyó de operar la prodigiosa transformación del prosáico banquero.

Horacio, que trabajaba hacia tiempo con los amigos de su madre y con los suyos para este fin, escribió á su padre desde París la siguiente carta:

«Padre mio: ya indiqué á V. mi decidido propósito de unirme en santo lazo á una mujer angelical; comprendo que el hombre ha nacido para vivir en familia, porque la soledad y el aislamiento matan el corazón y la inteligencia. Es necesario amar para vivir, y yo amo con toda mi alma á una niña hermosa y pura que se parece á mi madre, no en lo físico, en lo moral, en sus virtudes, en su noble carácter, en su gran corazón, hasta en sus aficiones artísticas, que es el mejor adorno de una mujer; pues mientras

practica las artes, no se siente acometida de pensamientos y pasiones perjudiciales.

»La elegida de mi corazón es española, y debo ir á Madrid dentro de pocos dias para realizar nuestra union; espero que V. me acompañará: quisiera tener á mi lado á los autores de mis dias, en ese acto, el más solemne, el más importante de nuestra vida.

»Después me traeré conmigo á mi madre: estoy en gran desacuerdo con mis hermanos, porque son tan egoistas que la quieren solo para sí; desde que se casaron está con ellos, dicen que es su alegría, su felicidad, la luz de su casa, y como á mí también me corresponde participar por iguales partes de esa madre adorada, la más amable de las mujeres, y como sin ella estoy en tinieblas y triste y desventurado, deseo iluminar mi hogar con los rayos de su purísimo amor, que son dulces y benéficos como los del sol. Realizaré, pues mi boda, y aunque se enfaden mis hermanos me vendré con mi esposa y con mi madre, y esta, que tiene una inteligencia tan maravillosa para los negocios de la casa, me auxiliará con sus luces, y podrá dedicarse al propio tiempo á cultivar las artes y las letras.

»Yo también como ella soy artista y esto

no es incompatible con el comercio, todo lo contrario, es hasta una necesidad para el comerciante. Los guarismos, la prosa del tanto por ciento, secan el corazón y aturden la cabeza; el arte, que es todo sentimiento y poesía, neutraliza esos efectos y en igual de convertir al financiero en un sér rudo, de carácter antipático y feroz, indigno de ser amado, le hacen cariñoso y bueno, sin dejar por eso de ser el alma de los negocios sérios de su casa.

»Convencido de esta gran verdad, soy comerciante y artista, querido padre mio: y los guarismos y las artes serán las dos fuentes de vida y de placer con que he de brindar constantemente á mi esposa adorada y á mi amantísima madre.

»Mi dicha sería cumplida si V. no fuese refractario á estos sentimientos; esa será la nube que ha de oscurecer siempre el hermoso cielo de nuestra felicidad.

»Su hijo que le adora,

HORACIO.»

Esta carta, unida á los trabajos de zapa que ya venian practicando los amigos de Horacio, concluyeron de transformar á Mr. Marchand, que sólo vivia con el recuerdo de su esposa, Hizo colocar en su cuarto

el retrato de esta, y la miraba á todas horas, buscó todas sus cartas, sus escritos literarios y los leía cien veces; era lo único que endulzaba su amarga soledad. Tenia comida los jueves y los domingos, á la que asistian los amigos de su mujer y de Horacio que vivian en Burdeos, y contaba las horas y los momentos con el mayor afan hasta que los tenia á su lado.

Buscó entre los papeles de Mme. Marchand toda la música que ella preferia, y hacía que la tocasen sus amigos, embriagándose con aquellas armonias que le recordaban los dias de su felicidad.

El corazon de Mr. Marchand, cerrado hasta entonces para el amor y para el arte, empezaba á abrirse de una manera dulce y misteriosa; una nueva luz iluminó su alma y encantado de su belleza dejóse embriagar por el irresistible placer que le seducia.

—Aquí hace falta Mme. Marchand,—decian á cada paso los tertulios,—una casa sin mujeres es como un jardin sin flores: con las señoras cantaríamos, hariamos alguna comedia, pero hombres solos, esto es aburrido; ¿no lo cree V. así, Mr. Marchand?

Este bajaba la cabeza sin contestar; pero una lágrima humedecia sus párpados.

Cuando le instaban mucho sobre esta cuestion solia decir:

—Se la disputan mis hijos: entre una y otro me tienen solo; la adoran. ¡Ah! ¡pero es tan buena!

Horacio llegó á casa de su padre de paso para Madrid, era domingo y se encontró en el banquete habitual con todos sus amigos músicos, poetas, pintores. Ni un comerciante habia entre ellos. Era el rigorismo del arrepentimiento llevado hasta el extremo. La enmienda del error no se podia demostrar más ostensiblemente.

Horacio no conoció á su padre.

Cuando al siguiente dia entró en su cuarto para despedirse le halló contemplando el retrato de Mme. Marchand y rodeado de objetos que la habian pertenecido y que eran de su uso particular, su servicio de té, su escritorio, el divan donde descansaba algunas horas despues de comer, sus libros, hasta un abanico grande de la China que usaba siempre para bajar al jardin.

A la espresion de asombro que se pintó en el rostro de Horacio, exclamó Mr. Marchand como si hubiera leído su pensamiento:

—Vosotros vivís con su presencia; yo vivo

con su recuerdo: teneis el presente, yo el pasado, gozais el original yo la copia.

Señaló al retrato y para que Horacio no viese las lágrimas que corrían de sus ojos, volvió la cabeza aparentando engolfarse en la lectura de un periódico; mas no le valió la estratagema: su hijo vió su emocion comprendiendo la lucha de aquella naturaleza ruda y orgullosa con los efluvios del corazón, que á pesar suyo se escapaban de su pecho.

—¡Qué tarde empieza á amar!—murmuró para sus adentros Horacio.—¡Infeliz! ha estado ciego perdiendo tantos años de dicha, ¡ay! cuando el amor es la única felicidad que encontramos sobre la tierra; pero bendito sea Dios, que al fin ha iluminado las tinieblas de su alma con esa chispa divina.

—Y bien, padre mio,—exclamó Horacio sobreponiéndose á su emocion;—¿no tendré el placer de que bendiga V. mi enlace sancionándole con su presencia?

—Me he encerrado ya en estas paredes para morir aquí con mis recuerdos de ayer, y no entra en mi propósito abandonarlas; ni mi salud, bastante quebrantada, me permite tampoco las molestias de un largo viaje: lo siento mucho, hijo mio; recibe desde ahora

mi bendicion, y en cuanto os caseis venid unos dias á mi lado y en ello tendré un placer grandísimo.

—Yo sí vendria con mi mujer; pero mi madre...—balbuceó Horacio.

—Si tu madre me aborrece tanto y no quiere verme, que continúe su viaje á París; vosotros os quedais.

—Aborrecer á V. ¡ella! ¡si es incapaz de aborrecer á nadie! ¿quién sino ella nos ha enseñado á amar á V. con la mayor ternura? ¿Quién si no ella tiene lágrimas en los ojos y suspiros en el corazon que exhala continuamente por la pérdida de su esposo, que nunca supo comprenderla ni corresponder á su amor? ¿Mi madre aborrecer á V., padre mio? ¡Jamás, jamás!

—Si no me aborrece, no me ama tampoco; la hice proposiciones de paz y las rechazó.

—¿Pero quién se las hizo? ¿El esposo amante, ó el tirano, el jefe de la casa que impone su voluntad al dependiente mayor?

Mr. Marchand bajó la cabeza y no contestó abrumado por el profundo reproche que encerraban las palabras de su hijo pronunciadas con acento enérgico y penetrante.

—Permitame V., querido padre mio, que

por la primera vez de mi vida me mezcle en sus cuestiones de matrimonio; pero ya soy mayor de edad, tengo veinticinco años, y creo de mi deber intervenir en una cuestion, de la cual depende la dicha futura de mis queridos padres.

—Habla, hijo mio, te escucho con el alma: yo tambien tenia veinticinco años cuando me casé y no tuve las luces que ilustran tu inteligencia y tu corazon para conocer que la muger hermosa que me deparaba el destino, era un ángel, era un tesoro que he dejado perderse para mí.

—Perderse no: aun pueden Vds. reconciliarse y disfrutar en este mundo largos dias de ventura. Mi madre tiene poco más de cuarenta años, y V. frisa en los cincuenta, es la edad de la verdadera pasion, cuando se ama con plena conciencia, cuando se conocen y se aprecian las bellas cualidades del objeto de nuestro amor. Los amores efimeros y caprichosos son frutos de la juventud, las pasiones duraderas y profundas lo son de la edad madura. El corazon de V. ha estado cerrado hasta hoy, ¿no es verdad?

—Es muy exacto, hijo mio; ¡pero qué tarde se abre!

—¿Por qué?

—Porque he perdido el derecho á su cariño.

—Puede V. recobrarle.

—¡Imposible! la he ofendido mucho.

Mr. Marchand, esta vez profundamente conmovido, no procuró esconder las lágrimas que brotaban de sus ojos, dejándolas correr á lo largo de sus mejillas hasta perderse en su poblada barba.

—¡Pero el arrepentimiento y el perdón borran todas las ofensas! —gritó Horacio llorando también.

—Tienes razón; el primero es bien grande; yo daría hoy la mitad de mi vida por no haber ofendido tanto á la más noble y digna de las mujeres. ¡Ah! ¡fui un insensato, un hombre duro y grosero, y debe odiarme con toda su alma.

—Existiendo el arrepentimiento, es muy fácil alcanzar el perdón; mi hermana y yo trabajaremos para conseguirlo.

—Teniendo ángeles por intercesores no debo perder la esperanza de que se estinga su justo enojo y vuelvan á brillar días serenos y apacibles en la triste noche de mi vida: acepto, hijos míos, vuestra influencia; interponedla, alcanzadme su perdón ó yo me muevo; la vida sin su cariño me es odiosa. ¡Ah!

tú no sabes qué dias y qué noches tan horribles paso en esta soledad. ¡La muerte, la muerte antes que prolongar mi suplicio! Yo la escribiré, yo demandaré el perdon de mis culpas, que son grandes, y vosotros me ayudareis á conseguirlo. Entonces mi casa será un eden, ella será la luz de mi alma, porque en mi corazon he levantado un templo á su amor.

—Adios, padre mio; pronto, muy pronto estaremos aqui todos; tambien Virgilio y Mercedes vendrán á celebrar su reconciliacion y á que conozca V. su pequeño Javier.

El padre y el hijo se abrazaron estrechamente, separándose alegres y risueños, animados por la esperanza de una dicha próxima y perdurable.

CAPÍTULO XIX.

Reconciliacion.

Era una hermosa mañana del mes de Mayo; á la puerta de la iglesia de San José se veían una porcion de coches particulares, estando obstruida toda la acera de la calle de Alcalá por multitud de gente que se agolpaba, deseosa de contemplar á las personas que debian ocupar los coches.

—¿Qué pása aquí?—preguntó un curioso.

—Es una boda;—contestó uno.

—Y de gente rica;—añadió otro.

—¡Y qué señoritas tan guapas! ¡Ah! yo no me marcho de aquí sin volverlas á ver.

—¡Qué trajes tan ricos! ¡cuántas alhajas! Vale un caudal lo que llevan encima;—repetía un tercero.

En estos comentarios se entretenia la gente de la calle, mientras que en una capilla secreta de la parroquia se celebraba el casamiento de Horacio, con la hermosísima

hija de la marquesa de V., jóven bellísima que habia estado prometida á Virgilio, pero que nunca llegaron á amarse ni á tratar en sério aquel proyecto de matrimonio, que fué más bien un deseo espresado por D. Javier, oponiéndose á ello la pasion que sintió Virgilio por Mercedes, al propio tiempo que Horacio y la marquesita entablaban relaciones amorosas.

Únicamente las respectivas familias de ambos contrayentes y algunos amigos íntimos que asistian como testigos, presenciaron la ceremonia, que terminó con lágrimas, como es natural en estos casos, de la madre y de la hija que iban á separarse para formar una nueva familia.

Alegrias íntimas del amor correspondido que van disfrazadas con el aparente barniz de la tristeza. Las lágrimas que se vierten en estos casos se secan al calor de las antorchas del himeneo; únicamente las de la madre no se borran, porque salen del corazon; mientras todos están alegres y satisfechos, la infeliz madre sufre, al ver que por una ineludible ley de la naturaleza, la hija querida por la que ha padecido tanto, por la que ha hecho mil sacrificios, pasa desde sus amantes brazos á los de un hombre desconocido tal

vez, que de seguro no la amará nunca como la ama su madre, y no será capaz de hacer por ella los prodigios de abnegacion y los inmensos sacrificios que el corazon materno está dispuesto á realizar á todas horas por el ángel de sus amores.

Las dos madres, la marquesa y Madame Marchand, ambas vestidas de negro, lloraban juntas en un rincon de la capilla; su llanto era sincero.

Virgilio y Mercedes, radiantes de felicidad y de alegría, apadrinaban á los novios en el solemne acto, que si aparentemente estaban tristes, llevaban en su alma la purísima alegría que sabe inspirar el verdadero y mútuo amor.

La Marquesa era viuda, y como Mr. Marchand por su padecimiento de la gota no pudo asistir al casamiento, se acordó celebrar la boda en Burdeos, en la residencia paterna, donde debian trasladarse en el mismo dia. Por lo tanto terminada la ceremonia, los novios, los padrinos, la familia y los amigos íntimos, que eran pocos, fueron á casa de la Marquesa á tomar chocolate y á cambiar el traje de boda por el de camino.

El rostro de Mme. Marchand, aunque lloroso y pálido, estaba animado por la ra-

dian­te luz de la esperan­za; su ma­ri­do, aque­l Luis adora­do de su ju­ven­tud, el pa­dre de sus hi­jos, el úni­co hom­bre á quien ha­bia ama­do en el mun­do, la ha­bia es­cri­to una tierní­si­ma car­ta, la pri­me­ra des­de su se­pa­ra­cion, ha­cía ca­to­rce ó quin­ce años. Esta car­ta la lle­va­ba en su pe­cho, y en cuan­to ha­lla­ba oca­sion de en­con­trarse so­la la vol­via á leer y la be­sa­ba con la ale­gria de una ni­ña que se em­bria­ga con el per­fume del pri­mer amor.

Mme. Marchand es­ta­ba her­mo­sa, á pe­sar de sus cua­ren­ta años, te­nia la be­lle­za de la edad ma­du­ra en to­da su plenitud, con la es­pre­sion en­can­ta­do­ra de in­te­ligencia y de bon­dad que a­te­so­ra­ba su alma.

Lo que no ha­cía nun­ca, esta vez se es­me­ró en su to­ca­do: eli­gió por sí mis­ma un tra­ge os­cu­ro y ele­gan­te para ca­mi­no, y un som­bre­ro de co­lor de ca­fé, con ve­lo y plu­mas de igual co­lor, por­que ar­mo­ni­za­ban per­fec­ta­men­te con su tez de un mo­re­no cla­ro, y con sus ne­gros y abun­dan­tes ca­bel­los.

Aun mien­tras se ves­tia vol­vió á leer la car­ta de su ma­ri­do, á pe­sar de que los co­ches es­pe­ra­ban en el pa­tio para tras­por­ta­r los via­je­ros á Fran­cia.

Hé aquí las sen­ci­llas pá­gi­nas que ex­pre­

saban los sentimientos de Mr. Marchand.

»Esposa mia: despues de tantos años que mi mano no ha manejado la pluma para dirigirse á tí, puedes creer que al tomarla tiemblo, porque me reconozco culpable y no hallo palabras en mi mente con que poder explicar los sentimientos de mi alma.

»No es la culpa una palabra efímera, no es un fantasma que asusta á los niños; la verdadera culpa es el torcedor de la conciencia, es la sombra que oscurece nuestra vista, es el obstáculo insuperable para nuestra dicha y nuestro sosiego.

»Yo no puedo vivir tranquilo ni feliz, sin descargarme de este peso enorme.

»Te amé al conocerte; pero como toda pasión que se satisface apenas concebida, sin dejar que el desarrollo llegue á su apogeo, la mia se quedó en embrion, se durmió en mi pecho, y ha sido precisa una sacudida terrible, la de perderte, la de estar separado quince años de tí, para que se despier- te pujante y vigorosa en toda la plenitud de su fuerza, y con más brios que en nuestra primera juventud.

»Te reirás al leer mi carta. Tú que no has vivido de ilusiones, sino de la más amarga realidad; dirás que somos viejos: y

bien, en tus manos me entrego: sea yo pobre achacoso, con el cabello cano, el objeto de tus festivas bromas; pero no me rechaces; va en ello mi vida y mi salud; otórgame tu perdon, y tu amistad, si no me crees digno de tu amor.

»Tú tan buena, y tan caritativa, endulza los amargos dias que me quedan de vida con el fuego hermoso de tu celestial mirada. Quiero dormirme en eterno sueño, oyendo tu música alemana, esa melodía del sentimiento, grave y tierna como tu alma, que escucho á tus amigos á todas horas; pero que no me satisface sino interpretándola tú; por recordarte más, vivo en perpétua compañía de Mendelssohn, Schubert, Gluck, Weber, Mozart y Beethoven, tus queridos maestros; ellos con sus armonías dan consuelo á mi alma y me inspiran la esperanza de ablandar tu corazón.

»Para celebrar dignamente el enlace de nuestros hijos, y sobre todo el de Mercedes, que no ha recibido su sancion bajo el techo paterno, he mandado construir en las habitaciones bajas del jardín un bonito teatro y nuestros amigos disponen una función lírico-dramática para el día de vuestra llegada.

»Esa es la confesión más tácita de mi

error, y el testimonio de mi enmienda. Si acometido de un vértigo funesto pude, insensato de mí, arrojar un día del techo conyugal á la más buena y más noble de las mujeres, hoy descorrido el velo que ofuscaba mi espíritu, demando mi perdón, y de rodillas, con lágrimas en los ojos y el corazón palpitante de amor, espero de tu alma, esposa mia, la redención de mi culpa, borrada por el más sincero arrepentimiento y por el vínculo de paz de tus amantes lábios.

»Tu infeliz esposo

LUIS MARCHAND.»

Sólo estas palabras contestó Madame Marchand á su esposo:

«Esposo querido: espérame; salgo mañana temprano con nuestros hijos y el pequeño nietecillo á darte un abrazo. Pasaré á tu lado el resto de mis días; nada tengo que perdonarte: si la ofensa subsistió no la recuerdo; acepto el amor que me ofreces, porque el espíritu y el amor, fuentes de vida, son inmortales, emanan de Dios y no les alcanza la ley de envejecer.

»Tu amante esposa

MERCEDES DEL RIO.»

Esta corta misiva fué el bálsamo precioso que curó á Mr. Marchand sus dolores de

gota: como por encanto desaparecieron, ¡Cuán cierto es que los dolores morales producen los fisicos en la pobre naturaleza humana!

Veinte años se le quitaron de encima al rico banquero, que por esperiencia hubo de conocer que las riquezas intelectuales que representa el arte, son tan necesarias en la vida, más aun que las riquezas materiales que proporciona la fortuna.

Lleno de afan se dedicó con todo el ardor de su alma á la construccion del bonito teatro, cuya direccion iba á confiar á su esposa; y de acuerdo con los amigos se arregló la funcion y se hicieron los preparativos para recibir dignamente á los recién casados, y á su hermana la interesante Clavellina, que por primera vez desde que se perdió á los tres años volvía al techo paterno.

¡Qué actividad tan grande desplegó aquellos dias Mr. Marchand! Esperaba la recompensa y la obtuvo cumplida en la breve, pero espresiva y noble carta de su esposa, y más aún cuando dos dias despues la recibió en su casa, sellando con el ósculo de paz aquella reconciliacion tan deseada.

Hay un adagio español que sin duda no debe rezar con los franceses, que dice, «gé-

nio y figura hasta la sepultura;» pues en Mr. Marchand está completamente desmentido. En el antiguo comerciante se operó un cambio tan radical, que ni su mujer ni sus hijos le conocían: era otro hombre. Y transformaciones semejantes estamos viendo todos los días, lo mismo en franceses que en españoles. La humanidad es la misma; varía según las circunstancias y los acontecimientos que se atraviesen en su camino.

Con el cambio benéfico de Mr. Marchand, la dicha y la tranquilidad del matrimonio estaba asegurada.

Felices eran también y en el más alto grado las dos interesantes parejas que se unieron en eterno vínculo, rindiendo culto á la más pura y bella de las sensaciones del alma, al amor.

El matrimonio sin amor es como la planta maldita, de la que sólo brotan espinas, únicamente amándose como se amaban Virgilio y Mercedes y Horacio y su esposa, es como puede formarse ese contrato social elevado á sacramento por la Iglesia católica con la categoría de vínculo indisoluble que une las almas por toda la vida.

Hasta que Mr. Marchand comprendió su funesto error no fué feliz, y gracias que el

arrepentimiento no llegó tarde, y aun pudo gozar los hermosos frutos del árbol sagrado, ese tronco fecundo creador de la familia que se perpetúa de generacion en generacion produciendo lozanas y bellisimas flores.

EPÍLOGO.

Diez años despues

Vamos á terminar nuestra historia, queridas lectoras, dándoos á conocer los últimos momentos de Inés, de aquella pobre mujer que por ser tan grave su delito, no la valió como á Mr. Marchand el arrepentimiento para ser feliz. La gravedad de su culpa necesitaba toda una vida de expiacion y de amargura.

Diez años despues de los acontecimientos referidos en los capítulos anteriores, era el 24 de Setiembre, y muy temprano ya los vecinos de Villacierzo se agitaban de un lado para otro, engalanando con verde ramajelas calles y la esplanada que se extendía delante de la iglesia parroquial. Varios jóvenes formaron un arco de flores y laureles en la conclusion de la calle de olmos que subia al castillo de San Torcaz. La casita en el valle, que llevaba el nombre de Clavellina, parecia

un nido de amores, rodeada de jardines espléndidos y apareciendo en el centro el humilde edificio, blanco como la nieve, guarnecidas sus ventanas de persianas verdes y rematando por una linda azotea que estaba llena de primorosas macetas de las más bellas y delicadas flores.

El interior de la casa continuaba en el mismo estado que cuando salió Mercedes Marchand á reunirse con sus padres, ó más bien caminando para el sepulcro, del que la salvó la milagrosa intervencion de D. Javier. Los muebles humildes, la salita con sillas de Vitoria, su mesa de pino, sus cortinas blancas en el cuarto de la hermosa niña; donde se admiraba aun la modesta cama y el altar de la Virgen con la lámpara siempre encendida.

Unicamente consintió Mercedes que se rodeara de jardines y se hiciera la azotea, dando cima graciosa al edificio que servia de casa de caridad, pues allí se repartía la limosna un dia á la semana, desde el casamiento de los jóvenes, diez años antes.

Oigamos á los aldeanos que estaban construyendo el arco de laurel, y nos enterarán de algunos pormenores.

—Chicos,—decia uno,—yo trabajo de

buena gana todo el año, y el día de Nuestra Señora de las Mercedes, le hago fiesta, es el día de gran gala para Villacierzo.

—Ya lo creo, como que son los días de nuestra querida protectora la señora de San Torcaz.

—Es verdad, la estrella matutina de Villacierzo,—dijo otro:—á mí me libró de la quinta, poniendo de su propio peculio un sustituto.

—¡Toma! y á mí también; eso ya se sabe; de Villacierzo no van nunca soldados á servir al Rey, como no sea por su propia voluntad. D.^a Mercedes no quiere ver nunca lágrimas en los ojos de las madres, y su bolsillo está siempre pronto para salvarnos.

—¡Dios la bendiga!... ¡qué buena es!...

—Sí, ya lo hace el Señor: desde luego la ha concedido cuatro hijos, hermosos como soles, y un marido que la adora y se mira en ella como en un espejo.

—Es verdad, no hay un matrimonio más feliz.

—Aquí está Patricio,—exclamó un aldeano:—ya baja en su cochecito-sillon á inspeccionar los trabajos; ahora nos echa un regaño por no haber concluido ayer el arco.

Efectivamente, Patricio, el inteligente y

fiel servidor de D. Javier, que sufría ya los achaques propios de su edad, bajaba por la calle de Olmos en un sillón giratorio de mano, que manejaba con facilidad un criado, y así se hacía trasladar de un punto á otro, vigilando todavía á los criados, á pesar de que estaba exento de todo servicio en la casa.

Varios aldeanos le rodearon con solicitud, preguntándole con mucho cariño por su salud.

—¡Hola, Sr. Patricio!... ¿cómo va? ¿qué tal esas fuerzas?...

—Muy buenos días, amigos, —contestó el anciano;—voy tirando, tirando nada más, sobre todo esta parálisis en las piernas es la que me abruma, porque no puedo manejarme por mí mismo. Por fortuna la cabeza la tengo bien, perfectamente. Y en verdad, que con cuatro veintenas de años encima no me puedo quejar.

—Pues todavía va V. á cumplir un siglo.

—¡Ay! no, hijo, nó; ¿para qué valgo ya?... Los estorbos que damos tanta guerra estamos mejor descansando en el cementerio.

—¡Guerra!... no diga V. eso; estamos dos criados con muy buen sueldo dedicados sólo al servicio de V. y lo hacemos con

mucho gusto, Sr. Patricio;— exclamó su conductor.—Y además el señor y la señora sobre todo nos dan buenas propinas, encargándonos que le cuidemos á V. como si fuera su padre.

—Eso sí; Dios se lo pague; son muy buenos para mí; pero hablando de otra cosa, ¿cómo está todavía esto sin concluir?... A las diez bajarán los señores á la función de iglesia y recorrerán despues el pueblo y las casas de caridad llevando limosnas, y consuelos á los enfermos y á los pobres.

— ¡Bah! hasta las diez, aun tenemos tiempo: ea, muchachos, manos á la obra:—exclamó el encargado de la dirección, y continuaron todos trabajando.

Un anciano, persona bien acomodada al parecer, se acercó á Patricio, entablando una animada conversacion.

—Dicen que los señores se van al extranjero, ¿es cierto?

—Sí, amigo mio; en París piensan establecerse por la educacion de los niños, que ya van alzándose. Javier, el mayorcito, ha cumplido diez años, Horacio ocho, y seis Luisito. El señorito Virgilio, que es el padre más baboso que he conocido, no quiere separarse de sus hijos, y por eso se van.

—Pues la niña pequeña es un encanto; no se ha visto criatura más hermosa.

—Es el vivo retrato de su madre.

—Dichoso matrimonio; parece que el Señor les colma de dones; ricos, guapos, felices...

—¡Pero si son tan buenos!...—murmuró enternecido Patricio;—¿cómo no ha de bendecirlos el Sér Supremo?...

—¿Y quién queda al frente de la casa?... porque V. con sus achaques no podrá ocuparse de todo, Sr. Patricio.

—Claro; yo no sirvo para eso, pero están perfectamente: el nuevo capellan queda de apoderado general, con poderes ámplios como si fuera el dueño, para hacer y deshacer, mandando en jefe en la casa.

—Es verdad, he oido decir que habia venido al castillo un capellan francés, que lleva una gran barba blanca, lo que choca mucho por aquí á los sencillos aldeanos, que no tienen costumbre de ver en los sacerdotes ese adorno varonil más propio de militares.

—Eso no importa, la lleva porque padece una enfermedad de la piel y no puede afeitarse; es un santo el padre Juan: ha estado algunos años en las misiones de Africa

y ha sufrido mil tormentos entre los salvajes. Era un íntimo amigo y compañero de colegio de mi pobre amo D. Javier que en paz descanse;—exclamó Patricio.—Conservaba todavía cartas de recomendacion de su querido amigo, y se vino aquí ignorando que se habia muerto. Como el señorito Virgilio se acordaba de haber oído á su hermano hablar con elogio de su amigo Juan, le utilizó inmediatamente nombrándole su apoderado: pero con una alegría sin límites lo abrazó reconociéndole al punto como amigo íntimo de su querido Javier; le presentó á la familia y á los criados de la casa, para que le reconociéramos como jefe absoluto, y dispuso en seguida su viaje á Francia.

Por esta conversacion de los dos ancianos habrán conocido nuestros lectores que el padre Juan era el mismo D. Javier en cuerpo y alma, que despues de hacerse sacerdote y de haber recorrido el Africa como misionero, quiso morir en su casa y volvió, descubriéndose á su hermano, diciéndole que no iba á reclamarle sus bienes, sino á pedirle un asilo en su corazon y un rinconcito en la casa solariega de sus padres, donde queria terminar sus dias ignorado y tranquilo.

No era muy fácil que las gentes le descubrieran porque había perdido su obesidad, á causa de las privaciones y las fatigas de una peregrinacion de diez años. Además su cabeza antes calva se había poblado de cabello, gracias á una misteriosa pomada que le dieron los indios; y la tenía completamente blanca como la barba, que conservaba larga para no ser reconocido; la tez, antes blanca, se había bronceado por el ardiente sol del Africa.

Poco despues de separarse los dos ancianos, el arco estuvo concluido, y empezaron á llegar coches del castillo: en dos carretelas iban Virgilio, el padre Juan, Mercedes y la niña pequeña y los tres niños con su ayo. En otros carruajes los dependientes y criados; trasladándose todos á la iglesia donde se celebraba una solemne funcion á Nuestra Señora de las Mercedes. El rostro de Mercedes resplandecía de felicidad.

Aquel mismo dia por la tarde, mientras los aldeanos y aldeanas bailaban alegremente en la extensa plazuela que daba ingreso á la casa de Virgilio, animados por una buena música y con la risueña perspectiva de los bonitos fuegos artificiales que debian quemarse por la noche, llegó un pobre vie-

jo, muy mal vestido, apoyándose en un grueso baston y con unas alforjas al hombro; preguntó por el apoderado general del señor de San Torcaz, y le hicieron subir á las habitaciones del padre Juan, que eran las mismas que diez años antes ocupaba D. Javier.

—¿Qué se le ofrecia á V., buen hombre? —le preguntó afablemente el P. Juan.

—Vengo á traer una carta para el mayordomo ó apoderado del Sr. de San Torcaz; la persona que me la ha dado no sabe nada de Vds. hace diéz años, y me encargó que preguntase si el Sr. Patricio vivia, y si era el apoderado; que en este caso, el dicho señor Patricio atenderia mejor que otro alguno su peticion.

—El Sr. Patricio vive todavía, gracias á Dios, pero está muy aehacoso y no se ocupa de nada; sin embargo, iremos á su cuarto y le dará V. á él mismo la carta, aun cuando yo soy el capellan y el primer jefe de la casa de San Torcaz.

El padre Juan se levantó pasando con el mendigo á la habitacion inmediata á su despacho, que conservaba siempre Patricio.

El pobre paralítico estaba descansando en su cama de muelles y al apercibirlos quiso incorporarse, pero como no le era posible

manejarse por sí mismo, el padre Juan con el mayor cariño le cogió en sus brazos y le colocó recostado en los almohadones.

—Vamos, querido viejecito;—le dijo con bondad;—yo seré su camarero y su amanuense, porque trae este pobre hombre una carta para V.

—¿Para mí?—exclamó con asombro Patricio.—¿Quién tiene la caridad de acordarse de este pobre viejo impedido?

—Una mujer muy desgraciada,—contestó el anciano mendigo, sacando la carta de su capacho.

—Leámela V. padre Juan;—dijo Patricio.

El padre Juan se apoderó vivamente de la carta, y apenas vió la letra del sobre se estremeció lanzando un pequeño grito.

—¡De Inés!—murmuró palideciendo intensamente.

Patricio abrió los ojos con espanto.

—¡Jesus, Maria y José! ¿de dónde sale? ¡despues de diez años! ¿pedirá dinero de seguro, eh?—dijo Patricio al anciano.

—Si, señor; está en la mayor miseria, y tan enferma, que si tarda V. un poco, acaso no la vean viva.—Yo soy el ermitaño de San Roque; es la ermita que está en el cerro de la Bubilla, á dos leguas largas de Bustar-

viejo, y más de seis de aquí; porque salí de mi casa esta mañana temprano y creí que no llegaba nunca.

—¡Infeliz! ¿y ha venido V. á pié?—exclamó Patricio.

—Si, señor, y sin más alimento que un pedazo de pan y unas nueces.

—¡Válgame Dios! ¡qué desdicha!—Patricio tiró del cordon de la campanilla, y encargó al criado que diese de comer y una buena cama al pobre ermitaño para que descansara un rato.

Durante este coloquio, el padre Juan leyó la carta de la desventurada Inés, y presa de la más viva emociion habia caído sollozando en un sofá. Cuando alzó la cabeza y vió que estaban solos dijo á Patricio:

—¡Mira la infeliz! ¡Ah! ¡pobre Inés! ¡pobre Inés! Te escribe diciendo que ha llegado su última hora, que se muere y te ruega la proporciones en sus últimos instantes un sacerdote que la auxilie y un asilo seguro para el pobre anciano portador de la carta, con el que ha vivido diez años en la ermita de San Roque. ¡Ah! parto inmediatamente á recibir su último suspiro. Cuida tú de ese pobre hombre, que nada le faltará mientras viva.

El padre Juan mandó con urgencia llamar

á D. Juan, el buen médico, que aunque achacoso seguía asistiendo á la familia, hizo enganchar un ligero carruaje y provistos de un botiquin portátil, salieron inmediatamente hácia Bustarviejo, en dirección á la ermita de San Roque.

Mientras el carruaje se alejaba, los vecinos de Villacierzo bailaban y cantaban llenos de úbilo celebrando el día de su querida Clavellina,

Cuando el capellan y el médico llegaron era una hora muy avanzada de la noche; dejaron el carruaje al pié del cerro y subieron á la ermita con uno de los criados que conocia el camino y pudo guiarlos con seguridad hasta la misma puerta del santuario.

En un poyo de yeso que estaba pegado á la pared estaba un chico profundamente dormido; fué preciso sacudirle el brazo con fuerza para que se despertase.

—Vamos, hombre, vamos; qué sueño tan pesado cuando hay una enferma cerca de tí que se está muriendo,—dijo D. Juan.

—¿Una enferma? No señor;—contestó el muchacho frotándose los ojos;—aquí no vive ninguna mujer, desde que se murió hace años la tia Genoveva.

—¿Cómo que nó? Una señora que se llama Inés;—esclamó el padre Juan.

—He dicho que nó; aquí no hay más que el ermitaño, á quien estoy esperando, que se fué de madrugada á Villacierzo, y su hijo Manolo, que está con tercianas hace dias.

—Pues, llévanos donde esté Manolo, queremos verle;—dijo el padre Juan, entrando en la ermita, sin paciencia ya para oír al muchacho.

—¡Qué triste espectáculo se presentó á sus ojos! En un aposento pobre y miserable y en un triste lecho, estaba Inés, que se hallaba en el estertor de la agonía.

A pesar de lo desfigurado de su rostro, el padre Juan la reconoció en seguida y lleno de la más viva ansiedad se acercó seguido del médico á examinarla.

—¡Inés! ¡pobre Inés!—esclamó con un acento del alma el capellan.

Aquella voz y aquel grito hicieron abrir los ojos á la enferma; se reanimó un instante y murmuró con voz apagada:

—¡Javier! ¿eres tú? ¡perdóname, para que me perdone Dios!

En la voz habia reconocido á su marido.

D. Juan, que estaba en el secreto, porque el capellan se habia descubierto á él, reve-

lándole los acontecimientos de su supuesta muerte, la dijo con entera convicción:

—Sí, es D. Javier; es su marido de V. que en forma de sacerdote viene á traerla los auxilios espirituales en esta hora solemne, la última quizá de su vida.

—¡Ah! ¡sí, voy á morir! también él murió; yo le asesiné, yo vertí el veneno en su vaso de leche: ¡perdon Dios, mio! ¡perdon! Diez años entregada á las prácticas más austeras de la penitencia, ¿no habrán lavado mi culpa?

La enferma parecia animarse; su rostro se iluminaba con ese reflejo postrero de la inteligencia que se estingue. Abrió los ojos, clavó una mirada penetrante en el rostro de su infeliz marido, y exclamó de nuevo haciendo un esfuerzo para hablar, porque la voz se apagaba en su garganta:

—¿Eres tú? Hace diez años que tu espíritu ha venido á verme; allá en Villacierzo te me aparecias.

—Sí, yo soy Javier; pero no una aparición, soy en cuerpo y alma; no he muerto; no; descarga, infeliz, tu conciencia de ese enorme peso.

—¿No has muerto?— articuló reconcentrando todas las fuerzas que la quedaban para mirarle y reconocerle, estrechando sus

manos y besándolas con el mayor fervor.

—No, pobre Inés; yo tenia una llave de tu secreter, descubri el veneno, y le sustitui con un narcótico, dejándote consumir el crimen para que se realizaran tus deseos de ser libre. Me enterraron: pero Patricio me salvó sacándome del panteon, donde está mi sepulcro vacio, tú quedaste viuda; yo borrado del libro de los vivos por entonces; luego, me hice sacerdote en el extranjero, cambié mi estado civil, y despues de diez años he vuelto á morir en la casa solariega de mis abuelos.

—¡Dios mio! ¡gracias! ¡gracias! Ya puedo morir.

—Aquí me tienes: la Providencia me trajo á tu lado: yo te perdono, hija mia, con toda mi alma, y pido á Dios que te perdone y reciba en su santa gloria.

El padre Juan cayó de rodillas y el médico tambien, porque la pobre penitente, elevando las manos al cielo en actitud de gracias, entregó su espíritu al Señor.

Sus lábios murmuraron con apagado acento:

—¡Adios! ¡adios! ¡hasta el cielo!

FIN DE LA NOVELA.

